

DONATIVO  
DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MADRID  
1849

# LAS MISIONES CATÓLICAS

## Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.  
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

## Se publica el 15 de cada mes

Año VII.—Sábado, 15 Abril 1899.—N.º 148

## Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.  
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

✠ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ✠

272

MAYO

1899



JAPÓN.—FUJIYAMA, VISTA TOMADA DESDE KAWAIBARHI (TOKAIDO)

Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Riland. (Pág. 83)





**Texto.**—CORRESPONDENCIA: *China; Noruega.*—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—UN CELOSO MISIONERO, UN SABIO EMINENTE Y UN GRAN PATRIOTA: Biografía del P. Agustín M.<sup>a</sup> de Castro, agustino (continuación).—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—VARIEDADES: Baladas alemanas: I, La abuela; II, Juan Euler; III, La oración en la batalla.—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.—SALIDA DE MISIONEROS.

**Grabados.**—JAPÓN: Vista tomada desde Kawaiharhi (Tokaido).—CAPILLA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE MONTSERRAT EN FILIPINAS.—JAPÓN: Vista de Fujiyama.—EMAÚS.—SAN JORGE, MÁRTIR, Patrón del Principado de Cataluña.—LA CRUZ DE MAYO EN CATALUÑA. *Lo dineret de la Santa Creu.*—Ilustraciones de la novela *El Cruzado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



## LA PERSECUCIÓN EN CHINA

### Martirio del Rdo. P. Victorin

En el número del 15 de Enero del corriente año publicamos un telegrama en el cual se anunciaba la muerte del P. Victorin, franciscano belga, asesinado en el Hou-pé Meridional. La carta que hoy publicamos, escrita por los RR. PP. Polydore y Cassien, franciscanos, misioneros en el Hou-pé Meridional, dará á conocer á nuestros lectores tristes detalles de las sangrientas escenas que acompañaron este martirio.

**E**L R. P. Victorin (Juan Delbrouck), de la Orden de Menores Observantes, nació en Boirs (Bélgica) el 14 de Mayo de 1870, habiendo desembarcado en la China el mes de Marzo de 1897.

El Ilmo. Sr. Christiaens asignóle por primera Misión Houa-kia-ko: atacado de maligna calentura, estuvo enfermo hasta fines de Diciembre del mismo año. Restablecido por completo, envióle el Vicario apostólico á auxiliar en sus apostólicas tareas al P. Gratien en Tante-se-chan, numerosa cristiandad situada en los altos montes. Allí permaneció hasta Septiembre de 1898. Enfermo gravemente el R. P. Marcel, misionero en Che-keon-chau, el P. Victorin voló á asistirle.

Empezaban á oírse confusos rumores de próxima persecución. Con fecha de 28 de Noviembre el Padre despachó un correo á I-tchang para exponer su peligrosa situación.

«Apresuraos á socorrerme, decía; de lo contrario, será tarde: el mandarín de Pa-tong, á más de no hacer nada, deja sin contestación la repetidas súplicas que le dirijo. No sé qué puedo hacer...»

Enfermo Mons. Christiaens en Han-Keou, el R. Padre Cassien visitó al gran mandarín de I-tchang, y puso en juego toda su influencia para socorrer al Padre Victorin. Aquel alto funcionario dictó las órdenes oportunas, pero el mandarín de Pa-tong hizo de las mismas caso omiso.

Creando los cristianos de Siao-me-tien que su querido misionero estaría más seguro entre ellos, visitáronle el 29 de Noviembre para proponerle el traslado. El P. Victorin resolvió salir de Che-keou-chan y refugiarse en Siao-me-tien, cristiandad distante unos 12 kilómetros.

Aquel mismo día en Tsong-si, á 36 kilómetros de Che-keou-chan, estalló con furiosa saña cruel persecución: los rebeldes atacaron á los cristianos, robando é incendiando sus viviendas. Estos buscando salvar la vida escondiéronse en cavernas y montañas. En su precipitada fuga dos catequistas cayeron en manos de los infames bandidos.

—¡La apostasía ó la muerte!

Uno contestó:

—¿Apostatar? ¡jamás! Matadme si queréis; ¡soy cristiano!

Los perseguidores sujetáronlo á diversos tormentos, y luego le cortaron la cabeza.

A las siete de la noche del siguiente día un neófito refirió al P. Victorin la sangrienta escena que antecede.

Al oír los cristianos la relación del neófito procuraron salvarse, emprendiendo la fuga. Terrible situación la del pobre misionero, abandonado, solo, en tierra desconocida, rodeado de crueles enemigos... ¿Qué hacer?

En tan supremo momento el recuerdo de su madre querida nace potente, vigoroso en su gran corazón. Traza precipitadamente en un papel algunas cortas líneas, que humedece y firma con sus lágrimas. Terminó la carta y entrególa á un cristiano, suplicándole procure hacerla llegar á su familia.

Acompañado del monago y de uno de sus domésticos emprendió acto seguido precipitada marcha: eran las diez de la noche.

—Padre, dijo el criado, distante seis kilómetros á lo alto de la montaña hay una cueva. Preciso es que vayamos allí.

Entonces empezaron á sufrir un verdadero calvario: sin camino y á oscuras debieron subir empinadas cuestas, abrirse paso á través de rocas y espinas, siempre escondiéndose atemorizados detrás los troncos de los árboles ó entre altas hierbas, por imaginarse que los enemigos se acercaban.

Antes de amanecer los fugitivos llegaron á la caverna; creyeron en un principio haber hallado seguro refugio, pero pronto vieron desvanecida esta grata esperanza: á los cuatro días fueron descubiertos por los paganos. Forzoso era emprender la fuga. Eran las doce de la noche; la más completa oscuridad y una incessante lluvia dificultan su penosa marcha. I-tchang sería el más seguro refugio, pero desconocían el camino.



—¡Valor! dice el Padre á sus compañeros, Dios cuidará de nosotros.

Dirigiéronse por escabroso torrente, evitando ser vistos. A la siguiente mañana, llenos de sangre los piés, y fatigado en extremo, sentóse el misionero en una roca para tomar algún alimento. Era imposible proseguir el emprendido camino. Para ver si hallaba otro mejor envió á su fiel criado, que ya no debía volver á ver; los rebeldes le aprisionaron, apoderándose de cuanto llevaba.

Algo de lo que al criado robaron fué para ellos indicio cierto de que el misionero estaba escondido en los alrededores.

Cual rabiosas fieras lanzando aullidos de gozo infernal, corrían de derecha á izquierda buscando siempre la codiciada presa. El P. Victorin procuró huir, pero en vano; pronto fué hecho prisionero.

Rasgaron sus hábitos, ataron sus manos, y al ver que las heridas de los piés le impedían andar lleváronlo á Houang-pé-chan, donde llegaron á las siete de la mañana. Al verle un populacho soez salióle al encuentro, lanzando gritos de rabia. Empuñando gruesos bambús descargaban fuertes golpes sobre él, y luego lo condujeron á Che-keou-chan, prolongando seis interminables días su horrible agonía.

Espanta considerar los malos tratamientos de que debió ser víctima: cinco días permaneció colgado de un árbol atadas las manos. Punzábanle y heríanle de mil maneras con hierros candentes. A los sufrimientos del cuerpo hay que añadir los del alma: ante él torturaron y luego decapitaron á ocho de sus neófitos.

Finalmente, el día 11 de Diciembre el P. Victorin fué decapitado: todos los jefes querían herirle, recibiendo el pobre misionero uno tras otro diecisiete golpes, hasta el último de los cuales no rodó por tierra cortada la cabeza. Estos tigres infames querían saciar su sed bebiendo toda la sangre de su víctima. Expusieron la cabeza y luego la arrastraron por el lodo: abrieron el cráneo á golpes de maza y comieron el cerebro. El cuerpo fué abierto á hachazos del vientre hasta el cuello, para poder extraer el corazón y los pulmones. Cortaron la parte superior del muslo izquierdo, y los infames bandidos distribuyeron esta carne entre ellos.

Algunos cristianos de Che-keou-chan llevaron la noticia á I-tchang. Acto seguido el gran mandarín de dicha ciudad envió su despacho al mandarín de Pa-tong pidiéndole explicaciones. Este contestó:

«El Padre fué hecho prisionero, pero vive aún.»

En un segundo despacho decía:

«El Padre ha muerto: ignoro si de muerte natural ó violenta.»

El día 6 de Diciembre había recibido orden de protegerle, y hasta el 11 no se consumó el asesinato. En estos cinco días, con un poco de buena voluntad fácil le hubiera sido intervenir, pues la distancia de Pa-tong á Che-keou-chan se salva en cuatro días de marcha.

El día 23 de Enero recibimos carta del mandarín de I-tchang en la cual se nos comunicaba la llegada del

cuerpo de *Tong-jo wang* (nombre chino del P. Victorin), y que podíamos llevarlo á la iglesia y darle religiosa sepultura. Contestamos que antes era preciso examinarlo en presencia de un mandarín. Opuso algunas dificultades que trasmitimos á Mr. Dautremer, en aquel entonces cónsul de Francia en Hau-keou.

Esperando la resolución de todas estas dificultades colocaron el féretro que guardaba el cuerpo del Padre á la orilla del río. ¡Barbarie inconcebible la del pueblo chino, que complacíase en desfogar su rabia vomitando maldiciones y sarcasmos contra el pobre mártir!

—¡Ah! exclamaban, bien hicieron comiendo la carne de este diablo de Occidente. Ahora debemos arrancarle los huesos y con ellos hacer una sopa. ¡Sí, también I-tchang quiere comer carne europea!

Esto es lo que sucede en este Celeste Imperio, que algunos pretenden llamar civilizado. ¡Así trata á los europeos, aún al verlos muertos, este pueblo que se jacta de respetar á los difuntos!

El jueves 26 de Enero una orden del virrey obligó al mandarín á designar el sitio donde debía procederse á identificar el cadáver. Las supersticiones del pueblo chino impiden que los muertos entren en el recinto de las ciudades; preciso fué, pues, buscar un lugar fuera de los muros. El mandarín eligió la pagoda de Long-wang.

Abrióse el féretro, y al contemplar aquella cabeza ensangrentada, aquel pecho abierto y aquel cuerpo lleno de heridas, un sentimiento de dolor, vivísimo, profundo, conmovió nuestros corazones, en tanto que el mandarín permanecía inmóvil como piedra, sin decir palabra ni mostrar el más leve dolor.

El cuerpo del misionero fué revestido con los ornamentos sacerdotales y colocado en hermoso féretro. Los Hermanos en muy breve tiempo cambiaron la pagoda en capilla ardiente.

Allí descansa en paz nuestro hermano querido, mientras nosotros esperamos impacientes que se haga justicia.

A cuantos estas líneas leyeren suplicamos una oración para que el Señor se digne abreviar estos tiempos de prueba.

El sacrificio de su vida hecho con tanta generosidad por el P. Victorin proporcionará, así confiadamente lo esperamos, á su querida Misión rica abundancia de celestiales dones y crecido número de nuevos cristianos. *Sanguis Martyrum, semen christianorum.*

## NORUEGA

(Conclusión)

EL Dr. Hansen, sin ser jóven, pues tiene 65 años, está conservadísimo, y me demostró aquella misma tarde que no le preocupan sus años. Es cariñoso, franco y simpático, y uno de los hombres más campechanos que yo he tratado en mi vida. Baste decir que la media hora de conferencia que yo le había pedido como un singularísimo favor, se prolongó hasta cinco



horas seguidas, esto es, de las cinco de la tarde á las diez de la noche, resolviendo todas mis dudas, respondiendo á todas mis preguntas y dándome preciosos datos que ni siquiera soñaba yo pedirle.

En primer lugar le pareció fabuloso é increíble el número de los leprosos de Colombia; y verdaderamente pasa los límites de la credibilidad, el que una nación que cuenta apenas con 4 millones de habitantes, tenga un número tan grande de leprosos. «Noruega, me dijo, tiene la fama de ser la nación de Europa que está más contaminada de la lepra, y sin duda alguna que hoy día el número de leprosos no asciende á 600. Medio siglo hace había unos 4 ó 5,000; pero ahora las cosas han cambiado de un modo favorable.»

Me hizo un sinnúmero de preguntas á fin de descubrir los orígenes del mal, y quiso informarse de las medidas tomadas por el Gobierno Colombiano para evitar que el mal se propague y tome mayores proporciones.

Le entristeció grandemente cuando le dije que apenas en el corto espacio de un siglo, el mal se había propagado tanto, que en el último tercio del siglo pasado el número de leprosos no pasaba de 100, mientras que al presente son unos 30,000. «He aquí, he aquí, decía, una prueba incontrastable de que la lepra es contagiosa: todavía se discute si es hereditaria; yo no lo creo; pero no puede menos de admitirse que es contagiosa: lo acaecido en Colombia lo prueba suficientemente, pues un número tan considerable de enfermos en una nación pequeña y en un tiempo tan corto, no se puede explicar sino admitiendo que la lepra es una enfermedad contagiosa.»

Después continuó: «Hace treinta y cinco años, cuando yo me consagré enteramente al estudio de esta terrible enfermedad, no eran en Noruega los atacados menos de 4,000; hoy puedo asegurar á V. que no pasan de 600 los leprosos, y Dios mediante espero que dentro de pocos años su número será cero. Pero aquí nuestro Gobierno se ocupa de ellos, trabaja y hace los gastos necesarios. Vea V., me decía, en estos treinta y cinco años he obligado al Gobierno á desembolsar algunos millones, pero en cambio le he librado de gastar por otra parte mucho más. Puedo decirle que este Gobierno ha tomado todas las medidas que los médicos le han sugerido; y por tanto yo no puedo á menos que hablar bien de él. Hasta el año 1885 andaban las cosas de cualquier modo: se daban pocas leyes enderezadas á combatir la lepra, y éstas no se observaban; pero en aquel mismo año envié un informe á las Cámaras, que tuve la dicha de ver aprobado en todas sus partes, y convertido en ley vigente. Pocos son sus artículos, pero son decisivos y concluyentes, y sus bases se reducen única y exclusivamente al absoluto aislamiento de los leprosos.»

Como en aquel momento no tuviera á mano un ejemplar impreso de la ley vigente, con suma complacencia tomó la pluma y me escribió los artículos principales. Los reproduzco aquí fielmente extractados:

«1.º Los médicos están obligados á denunciar al doctor Hansen cualquier enfermo de lepra que descubrieren. Dicho doctor dará aviso á la Junta de Sanidad de la ciudad ó pueblo en donde se halle el enfermo. La Junta de Sanidad procederá inmediatamente al aislamiento, que puede ser de dos modos.

«2.º Si el enfermo prefiere permanecer en casa y tiene recursos para vivir cómodamente, se le permitirá bajo estas condiciones: que prometa seriamente de no salir jamás de casa; que no duerma en el mismo lecho con ninguna otra persona; que ninguno, aunque sea de la familia, use cosa alguna que le pertenezca, como camisas, pañuelos, sillas, libros, utensilios de mesa, etcétera, etc. Sin estas condiciones, aunque sea persona rica, no se permitirá al enfermo permanecer en casa.

«3.º Si el enfermo es pobre, y no puede procurarse los medios de subsistencia para vivir en las condiciones arriba expresadas, se le conducirá á un lazareto de grado ó por fuerza.

«4.º En el caso de que el enfermo fuera persona casada, está igualmente obligado á abandonar la familia, siempre que el gobernador provincial ó la Autoridad eclesiástica no disponga lo contrario.

«5.º Las Autoridades gubernativas deben proveer de todo lo necesario á los leprosos residentes en los lazaretos.»

Le pregunté si la ley que habla de los casados no prohíbe los matrimonios mixtos, esto es, de persona sana con enferma.

—No, me respondió: la ley no habla de esto, solamente se ocupa de los que enferman después de casados. Sería esta una ley odiosa, porque coartaría la libertad de los ciudadanos. Por lo demás, una vez que se observen las leyes prescritas, el matrimonio mixto es casi imposible. Los leprosos que habiten en los lazaretos tienen otras cosas en qué pensar, pues su primer y principal pensamiento es hacer una buena preparación para la muerte; y en cuanto á los que se les permite habitar en sus casas, obligados como están á vivir separados de todos y sin ningún género de relaciones con las personas del mundo, el matrimonio viene á ser difícilísimo, porque en el supuesto de que alguno deseara casarse, no encontraría con quien. Por mi parte puedo asegurarle que en tantos años como llevo tratando con los leprosos de mi pueblo, no se ha dado ni un solo caso de que una persona sana haya contraído matrimonio con una enferma.

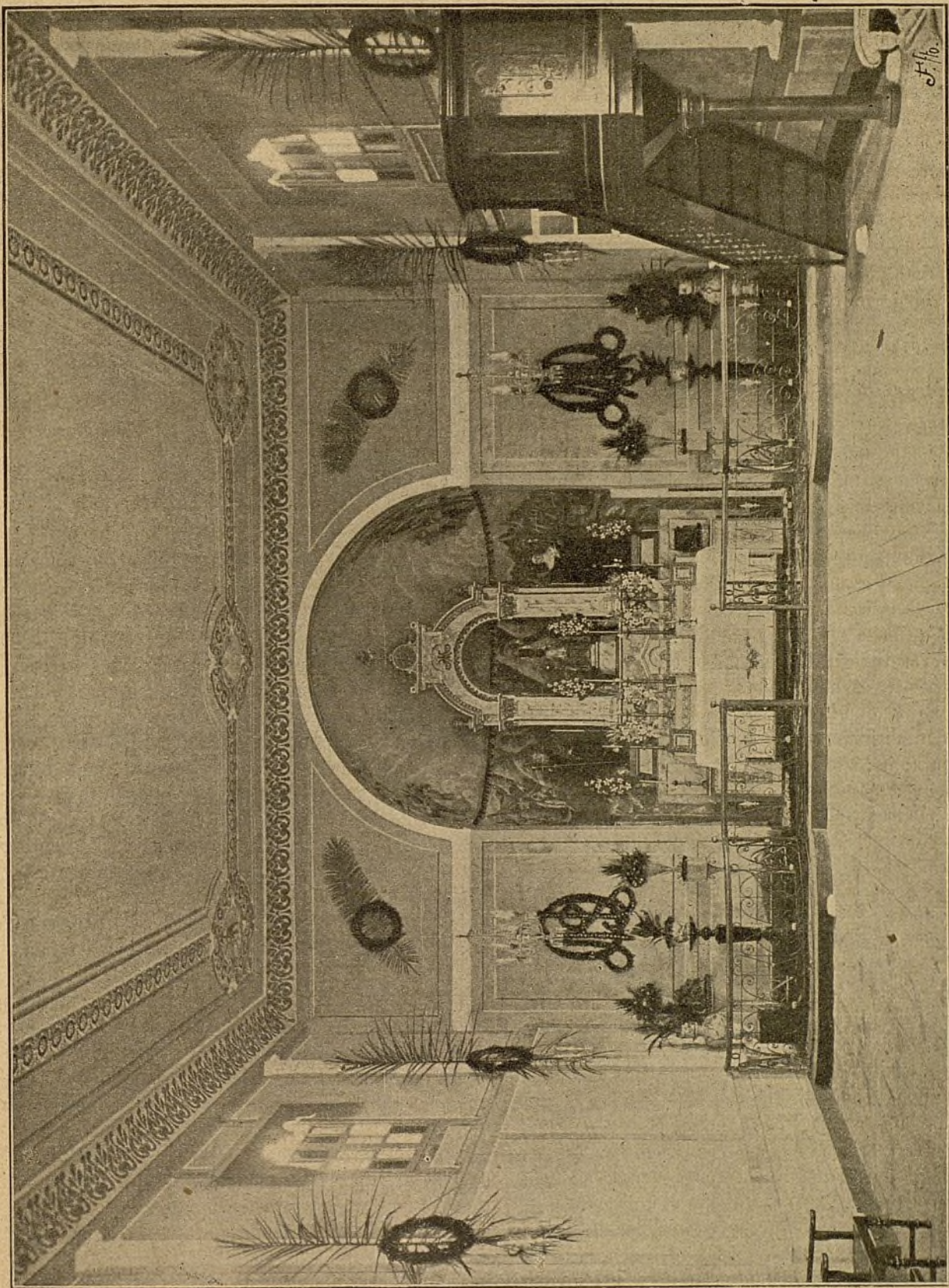
Después de haber hablado largo rato de otras muchas cosas, me dijo:

—Aquí no estamos muy bien, porque en las casas de huéspedes no se respira un aire muy puro: si V. y su compañero no están muy cansados del viaje, les invito á dar un paseo á la montaña que domina la ciudad, y desde cuya cumbre se divisa un magnífico panorama, y allí cenaremos en una fonda muy renombrada por su esmerado servicio.

Me fué imposible decir que no; á ello se oponían la cortesía y mi propio interés, porque de este modo tenía más tiempo para prolongar una conversación que me era tan interesante é instructiva, y por lo tanto acepté gustoso el convite.

Durante la subida á la montaña, que duró una hora y media, se habló de diversas cosas, y yo le dejaba hablar á fin de no causarle mucho con mis preguntas sobre la lepra. Me describió la ciudad de Bergen, por quien él demuestra toda su predilección, ya sea porque en ella vió la luz primera, ya porque en la misma no hace muchos años descubrió el *bacilo* de la lepra.





CAPILLA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE MONTSERRAT EN FILIPINAS



—Parece imposible, me decía, que á 60 grados y medio de latitud en que nos encontramos, se pueda gozar de una temperatura tan deliciosa. Los extranjeros creen generalmente que vivimos en medio de la nieve y de los hielos perpetuos, y vienen por aquí como si fueran al Polo Norte. En Bergen raras veces nieva, y de los vientos helados del Polo nos defienden perfectamente estas montañas que circundan por completo la ciudad. El puerto es seguro, y la vegetación todo lo exuberante que puede darse en los países templados, razón por la cual Bergen tiene muchos atractivos para los forasteros, y se ve visitada, principalmente en verano, por personas de todos los países de Europa. Cuenta la ciudad con 70,000 habitantes, y hasta el mismo Emperador de Alemania no deja pasar año sin estar una temporada aquí entre nosotros: señal evidente de que le prueba bien.

*Una pregunta capciosa.—El mejor remedio contra la lepra.—Necesidad absoluta del aislamiento.—Visita á los lazaretos.—Bienes que el trabajo reporta á los leprosos.*

Frecuentemente me venían ideas de dar otro giro á la conversación, aunque ésta era muy amena. Aprovechando un momento que cesó de hablar, le pregunté:

—Querido doctor, ¿ha curado V. á muchos leprosos en los treinta y cinco años que lleva consagrados á esta preciosa y humanitaria tarea?

La pregunta, como V., señor Director, puede comprender, era un tanto arriesgada, y aún algo más; pero él la tomó en buen sentido, y me dijo:

—Curación radical, hasta la fecha ninguna, y creo que ni yo ni otro alguno pueda obtenerla; y puedo añadirle que no creo en la curación de la lepra. Aun después del descubrimiento del *bacilo*, la enfermedad es de las incurables; cesará cuando se encuentre un animal que no sea refractario á la lepra; pero éste todavía no se ha encontrado. Así lo creyeron algunos médicos, entre ellos el Dr. Carrasquilla, colombiano; pero yo no lo he creído jamás. En nuestros lazaretos de Noruega se ha hecho uso de todos los remedios indicados por los médicos ó ensayados en otros puntos: en Bergen tengo médicos que trabajan conmigo y que no hacen otra cosa que aplicar los remedios que me envían de todo el mundo; pero siempre sin ningún resultado favorable. Por ahora el mejor remedio es la higiene, mucha higiene, y puedo asegurarle que jamás será atacada de la lepra la persona que sea limpia y que practique las reglas generales de la higiene. Hasta en los ya atacados es de suma utilidad la limpieza, porque paraliza la enfermedad y la hace mucho menos penosa. Esto es lo que más recomiendo á mis enfermos, especialmente á los de los lazaretos: por lo tanto, baños, muchos baños, que el agua cueste poco. Muchos paseos por los jardines que circundan los lazaretos; ventilación en todas las habitaciones, principalmente en los dormitorios; alimentación sana y abundante, y nada de licores. Ya lo verá V. cuando vaya á visitar mis hospitales, y podrá convencerse y ver por sus propios ojos todo lo que le estoy diciendo. En cuanto á lo de llegar á una curación radical, le diré claramente que es tan poca mi esperanza, que ni aun siquiera me ocupo de ello. Mi vida la paso siempre en mi laboratorio químico; antes para des-

cubrir el *bacilo*, y ahora, que ya lo he hallado, para cultivarlo; no hago otra cosa. No visito jamás á personas que padecen de otras enfermedades, porque además del tiempo, me falta la práctica. En los mismos lazaretos por propia simpatía y por disposición del Gobierno, mi misión se reduce solamente al estudio del *bacilo*, y en esto he empleado cuarenta años de mi vida.

Le pregunté después si era más conveniente situar los lazaretos en las islas ó en los alrededores de la ciudad...

—Para mí, me dijo, es lo mismo; conveniente es edificarlos en una isla, y conveniente es tenerlos próximos á las ciudades, para mejor vigilarlos y asistirlos. Todos nuestros lazaretos, los dos de Bergen, el de Molde, el de Throdjenm y otros que existen en Noruega, están todos en las inmediaciones de la ciudad: lo más importante de la cuestión está en el aislamiento; este es el punto capital: hecha esta salvedad, le digo á V. que los lazaretos pueden edificarse en cualquier parte.

Con todos estos razonamientos llegamos á la cumbre de la montaña, á 300 metros, cenamos, y después descendimos poquito á poco, acompañando al doctor hasta cerca de su casa. Eran las diez y algunos minutos; es decir, que había durado nuestra entrevista nada menos que cinco horas. Al despedirnos me dijo el doctor:

—Mañana es domingo, y yo como buen cristiano (conviene notar aquí que el Dr. Hansen es protestante) en domingo no hago nada: se descansa y se hace alguna que otra cosa conveniente: por lo tanto, hasta el lunes, á las once en punto, en el lazareto tal, calle de tal, donde ciertamente me hallará V.

Y esto diciéndome, me dió la dirección escrita, á fin de que lo pudiera hallar más fácilmente.

A las once en punto de la mañana del lunes, con mi inseparable compañero el Dr. Fornara, que tan buenos servicios me prestó durante el viaje, tiraba yo de la campanilla del lazareto. Mientras esperaba que alguno saliera á abrir, leía el siguiente aviso escrito en inglés á grandes caracteres: *Ninguno puede entrar en este asilo sin un permiso especial de la Autoridad ó de los médicos del establecimiento.* Perfectamente, dije para mí; ¡si se hiciese así en Colombia!... Inmediatamente se nos condujo al laboratorio químico del Dr. Hansen, donde ya se hallaba éste. En esta segunda visita nos trató todavía más campechanamente, pues parecíamos antiguos camaradas.

Sin pérdida de tiempo, hecha una ligera reseña de lo que encerraba el laboratorio, se empezó inmediatamente la visita del establecimiento. Es todo él de madera, dividido en varios cuerpos: el principal tendrá 70 metros de largo por poco más de 7 de ancho; los demás tienen la misma anchura, pero menos longitud, y todos tienen dos pisos. En el mismo establecimiento, en un sitio conveniente, está la farmacia, los cuartos de baños, biblioteca, habitaciones para los enfermeros, etc. A su alrededor hay un hermoso jardín y un parque pobladísimo de grandes árboles, donde los enfermos tienen libertad de pasear y distraerse á su placer, y más allá, en los confines del parque, una espaciosa laguna, en la cual no pueden bañarse los enfermos porque, como he dicho, tienen los baños en casa. Las habitaciones son todas iguales, y están muy limpias y bien ven-



tiladas. Las camas son verdaderas camas, y no como las de los pobres enfermos de Contratación, los cuales no tienen otro lecho que el suelo ó una piel. En los cuatro ángulos de la habitación están las camas, y al lado de cada una hay una silla ó un pequeño sofá, y en el centro nada ó sólo una mesa. Tanto en las galerías como en las mismas habitaciones hallé varios recipientes de estaño llenos de ceniza ó de arena destinados para que esputen los enfermos. Cuando la gravedad del mal no les permite abandonar el lecho, deben esputar en una escupidera hecha al efecto; pero jamás en el suelo, porque los médicos dan á esto mucha importancia. El refectorio es común, y solamente cuando alguno está legítimamente impedido se le sirve la comida en su habitación. Hay dos grandes salones destinados al trabajo: en uno vi á varios hombres en perfecto silencio, ocupados en tejer redes, y en el otro había algunas mujeres ocupadas en cardar lana, coser, etc., etc.

—Supongo, dije, que no será obligatorio el trabajo á estos infelices.

—No, señor, me respondió el doctor, pero se les aconseja y exhorta á que trabajen, siempre que la enfermedad se lo permita. De este modo se les proporcionan dos ventajas: la primera es que estando ocupados, viven más distraídos y no piensan tanto en su desgracia; y la segunda, que con su trabajo ganan alguna cosa, y el interés es una poderosa palanca para mover á toda esta gente.

—¿De modo, observé, que el Gobierno ó el Municipio compra y paga su trabajo? ¿y qué hace de ello?

—Lo que aprovecha para el lazareto nos quedamos con ello; lo demás se vende al público.

—¿Al público?

—Sí, señor; una vez desinfectados no hay inconveniente alguno; pero es tan poca cosa lo que hacen, que no son muchos los objetos que se venden al público. De este modo se obtiene que trabajen con diligencia y gusto, pues lo que ganan es todo para ellos, y con esto pueden atender á satisfacer sus pequeños caprichos; concluyó diciendo que el trabajo forma parte de la higiene.

*Curiosidades satisfechas.—Las diaconisas.—Rica biblioteca.—Hermosas palabras de un protestante.—Generoso ofrecimiento.—Despedida.—Un deber de gratitud.—Conclusión.*

Yo tenía una vivísima curiosidad por saber quién asistía á aquellos 120 leprosos allí encerrados, y deseando satisfacerla pregunté al señor doctor.

—En cuanto á esto, me respondió, la cosa es sencillísima: los enfermos que no están graves son los primeros en prestar los servicios, y se les paga como si fueran personas sanas; para lo demás se emplean personas extrañas.

—¿Y si no se hallan?

—Pagándolas bien, se encuentran siempre.

—¿Y no tienen miedo de contagiarse?

—Que yo sepa, no, señor; los preceptos higiénicos que yo les prescribo y que ellos observan escrupulosamente, los hacen invulnerables; y toda la higiene consiste en esto solo: agua, mucha agua, muchos baños. En tantos años como yo llevo aquí viendo á las personas de servicio en continuo contacto con los leprosos,

no se ha dado todavía un solo caso de contagio. Todas las semanas tienen obligación de tomar uno ó dos baños, pero yo les aconsejo hacerlo todos los días.

Bueno es hacerlo saber á quien corresponde, dije para mí, pues el preservativo no puede ser más sencillo.

También en aquellos lazaretos, como igualmente en los hospitales, se hallan las *monjas* protestantes, llamadas *diaconisas*. Hacen también los votos, inclusive el de *castidad*, pero no *perpetua*, porque prefieren dejar una puertecita abierta para si llega la ocasión, que no se suele hacer esperar mucho si se trata de alguna diaconisa joven y rica, pues en este caso pronto hallan quien las conduzca al altar, en donde ellas renuncian gustosas á sus votos, para prometer y hasta jurar eterna castidad *conyugal*.

Hecha esta pequeña digresión, vuelvo otra vez á entrar en materia. Lo que más me llamó la atención en aquel lazareto fué la biblioteca, que tiene algunos miles de volúmenes magníficamente encuadernados. Al notar el doctor mi admiración, me dijo:

—¿Quiere V. saber quién ha proporcionado tantas y tan buenas obras? La gula, aunque le parezca á V. extraño. La Sociedad que tiene el monopolio del aguardiente, está obligada á pagar al Gobierno un tanto por ciento de las entradas; por otra ley el Gobierno no debe retener de esta renta, que no es insignificante, más de cien mil *khroners* (una pta. 0'40) anuales; el exceso de lo recaudado se destina á la conservación y aumento de las bibliotecas de los hospitales, y principalmente de los leprosos. La riqueza y existencia de esta biblioteca se debe, pues, al monopolio de aguardientes; por eso dije que es un vicio el que la mantiene.

He aquí un medio ingenioso para agenciarse dinero y atender á las necesidades de las obras de beneficencia, dije para mí: ¿por qué no hacen otro tanto los Gobiernos que tienen exhaustos los erarios públicos y deben atender á cosas tan importantes como urgentes?

Después de haberlo recorrido todo, el Dr. Hansen nos invitó á ir á visitar el otro lazareto, distante del primero poco más de un cuarto de hora á pie. También el segundo es de madera y tiene dos pisos; pero la forma es un poco diferente. En el centro hay un espacioso salón con sillas alrededor y sin nada en medio, para que puedan pasear los enfermos. A los dos lados laterales se hallan las habitaciones que sirven de dormitorios, y en cada una de ellas hay una cama, una silla, un sofá y un pequeño armario.

—Este es un hermoso modelo, me dijo el doctor, para un buen lazareto, y así lo haría yo todo él si debiera comenzar ahora. Un gran salón en el centro para que durante el día puedan pasear y entretenerse los enfermos, y para poder de esta manera ventilar bien los dormitorios; solamente que éstos para los leprosos son un poco pequeños. Se necesitan 30 metros cúbicos de aire para cada enfermo, de este modo no podrá viciarse mucho la atmósfera, y los leprosos estarán perfectamente bien. Este segundo lazareto en breve será suprimido, y sus enfermos, que actualmente no pasarán de 60, se transportarán al otro, que tiene capacidad para unos 280, y una vez desinfectado, se destinará



para hospital de tísicos, que aquí abundan desgraciadamente más que los leprosos.

Viendo que los dos grandes lazaretos estaban contruidos solamente con madera, supuse que tratándose de hospitales para la lepra, y aun para cualquiera otra enfermedad, sería más conveniente é higiénica la construcción con madera que con otros materiales, y supliqué al doctor me dijera su opinión.

—Esto es indiferente. Nuestros lazaretos están fabricados de madera como lo están también otros edificios de la ciudad, por la sencilla razón de que la madera abunda aquí mucho, y estas construcciones son mucho más económicas que si se hicieran con piedra ó ladrillo. Hay todavía otra razón, si bien secundaria, y es que el suelo de madera puede tenerse más limpio que si es de otros materiales, exceptuando el mármol, pero éste escasea mucho por estas regiones.

Aquí creí satisfecha toda mi curiosidad; pero antes de dejar aquel médico tan amable y complaciente, le dije que si eran los demás lazaretos de Noruega como los que había visto, pensaba no prolongar más mi viaje para visitarlos.

—Tiene V. razón, me dijo; el lazareto de Molde se suprimió por falta de enfermos, y los demás se han trasladado á otros puntos; el único importante es el de Throdjenm, pero está muy distante, y en él no encontraría V. nada nuevo, porque está hecho bajo los mismos planos y condiciones que este de Bergen; los otros son insignificantes, y sería tiempo perdido el que empleara V. en visitarlos.

—Gracias; pero dígame V., ¿no me sería útil continuar mi viaje hasta Stokolmo? He oído decir que también en Suecia hay muchos leprosos...

—Es un error; en Suecia son muy contados los casos de lepra, y éstos se dan en el Norte: en Stokolmo hace ya mucho tiempo que desapareció; así es que si á usted no le mueve otra cosa para visitar á Suecia, debe renunciar á ello, porque perderá V. el tiempo.

Le di mil gracias por la exquisita amabilidad con que nos había tratado, y prometí que estaríamos siempre agradecidos. Me preguntó de nuevo mi nombre, y cuando supo que yo era sacerdote católico y Religioso, me dijo algo impresionado:

—Siempre he admirado vuestra Religión católica, con sus Religiosos y Hermanas de la caridad.

¡Hermosísimas palabras en los labios de un hombre del género del Dr. Hansen! ¿Quiere V. saber, señor Director, hasta qué punto llegó su cortesía?

—Si en Colombia, dijo, tuvieran necesidad de mí, iría gustoso, con la sola condición de que no á mí sino á mi Gobierno le pidieran el necesario permiso; no tengo otra dificultad.

Dile de nuevo las gracias, aunque este ofrecimiento es inútil, porque en Colombia se necesita un médico, no que descubra el *bacilo*, sino que lo destruya; más necesario que el microscopio es el veneno.

Era cerca de las dos de la tarde cuando terminó nuestra visita, y después de saludar al amable doctor, nos trasladamos al hotel para escribir en nuestra cartera estos apuntes. Como V. ve, señor Director, la segunda conferencia ha sido también bastante larga, pues duró tres horas; no podía quejarme, pues la bendición

de nuestro amado P. D. Rúa me había obtenido un resultado mucho más halagüeño que el que yo podía prometerme de mi viaje. *Deo gratias*.

Otro consuelo que me ha proporcionado la bendición del Rmo. Sr. D. Rúa, ha sido la gratísima compañía del Dr. Fornara, natural de Taggia, que también consagra sus desvelos al estudio de la lepra. Me ha prestado grandes servicios durante mi viaje, y ha sido para mí un verdadero amigo y un fiel intérprete; sin él, no me hubiera arriesgado á partir, y ciertamente que no hubieran sido tan grandes los frutos de mi viaje. Bueno será, por lo tanto, que desde las columnas de esta Revista haga pública mi gratitud y le envíe mis más expresivas gracias por el sacrificio que por mí ha hecho, abandonando á su familia, á sus enfermos y su pueblo para emprender un viaje tan largo.

## LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

### Negrillos del Africa y negritos del Asia

#### II.—NOMBRES DE LOS PIGMEOS AFRICANOS

Diversidad de nombres.—Pigmeos negritos y negrillos.—Errores de los viajeros.—Algo de filosofía africana.—*Bo-twa* y *Bo-kôa*.—Nombres y sobrenombres.—La radical *kô*.—Indagaciones y comparaciones.

Lo primero que debemos conocer al estudiar los pigmeos africanos son los distintos nombres que han recibido. Descubierta esta interesante raza, fijáronse en ella todas las miradas, y son tantos y tan distintos los nombres que le han asignado cuantos de ella han escrito, y es tal la confusión que con esta diversidad han sembrado, que es forzoso analizarlos rápidamente.

Sírvanos de ejemplo los *watwa*, rama considerada como la más importante de cuantas pueblan el Este y el centro del continente. Stanley señala su presencia en la gran curva del Congo, llamándola *vouatouas*, «y también *vouakouangas*, *vaouakoumas* y *vouaokumous*.» Algún tiempo después halla el Dr. Wolff un pueblo semejante á éste, y lo llama *batouas*: y perplejo ante estos dos nombres, M. de Quatrefages cree, sin embargo, «poder escribir que el segundo procede probablemente del primero (1).» Curiosa es la escrupulosidad del sabio: en efecto, los *batuas* proceden de los *vatouas* como los *franceses* de los *frenchmen*...

Pero empecemos por los griegos.

Los griegos llamaban á estos hombrecillos Πυγμαίοι de la palabra Πυγμα, que significa á la vez codo y lucha:

(1) A. de Quatrefages, *Les Pygmées*, pág. 249.



de donde los latinos formaron *pygmæi*. Si como parece (1) querían con este nombre indicar que los enanos en cuestión sólo medían un codo de altura, resulta inexacta la palabra, y sólo puede admitirse como figura.

Observaremos que los *pygmaios* ó *pygmaion* eran conocidos en Chypre con el nombre de *pumaion*, y con los de *pumai* ó *paam*, «un pie de altura,» entre los fenicios (2).

El nombre *pygmæi* pasó del latín al francés, y es el

indígenas, dejar de observar crecido número de importantes errores cometidos al trasladar los nombres. Disculpa tendrán los errores cuando sólo citan los nombres como de paso y al azar; pero al pretender con ellas demostrarnos su saber, y al afirmar que aquellas pocas palabras son una lengua, procurando evadir los estudios de la filología comparada, sólo consiguen que el resultado final sea siempre ridículo. Lo peor es que sus afirmaciones son creídas, y que los verdaderos sabios



JAPÓN.—Vista de Fujiyama. (Pág. 87)

que M. de Quatrefages ha elegido para título de su importante estudio, que comprende todas las poblaciones negras de baja estatura que habitan el Asia, la Malasia y la Melanesia, que designa con el nombre común de *negritos*, y las del continente africano, para denominar á los cuales propone el célebre continuador del estudio que me ocupa, Dr. Hamy, la palabra *negrillos* (3). Estos serán indudablemente los nombres que en no lejano tiempo adoptará la ciencia antropológica.

Pero continuemos examinando los escritos de los viajeros. Forzoso es hacerles justicia, pues sus atrevidas empresas son las que han logrado deshacer el denso misterio que cubría el africano continente. Sin embargo, al leer detenidamente sus libros y sus cartas, imposible es, por poco que el lector posea las lenguas

déjanse sorprender por ellos. Citando como ejemplo las cartas geográficas de las regiones africanas, veremos que entre las mil y mil palabras que en ellas figuran, apenas se hallarán cincuenta que sean completamente exactas... Las más conocidas son falsas. *Tabora*, por ejemplo, debe ser *Tobora*; *Tanganika* es *Tanganyika*; *M'routan N'zige* es *Mruta-Nzige*, es decir: «asaltado y arrasado por las langostas,» pues los citados nombres tienen su significación, lo propio que todos los demás. Estos errores tienen muy fácil explicación, pues para trasladar bien los nombres es preciso poseer la lengua.

Los negrillos habitan la parte de la Africa poblada por los negros *bantu* (1), raza de la cual con frecuencia reciben nombre ó apodo, por lo cual no dejarán de te-

(1) «Alia parvitate totius corporis, ut NANI vel quos Græci Pigmaeos vocant.» Isidoro de Sevilla, *Origo*.

(2) P. Monceaux, *Obr. cit.*, pág. 42.

(3) De Quatrefages, *Les pygmées*, pág. 29.

(1) Se pronuncia *Ba-ntu*. Antes de continuar este estudio bueno será advertir para mayor exactitud las voces indígenas en él citadas.

La *u* se pronuncia como en italiano; *ü* como *u* francesa; *q* siempre dura (como en francés), *quêtre*; *s* siempre fuerte, (como *c*); *W* y *Y* semivocal, como en inglés (*well*, *yes*).



ner cierto interés algunas breves palabras sobre la lengua de este pueblo.

Varía dicha lengua en cada tribu, pero las habladas por todas las que habitan de Zanzíbar al Gabón, y del Victoria-Nyanza á las orillas del Ngami, tienen en su vocabulario y gramática un fondo común. Es una lengua aglutinada con prefijos variables. Hablando solamente de lo que aquí nos interesa, vemos que los nombres de las tribus están formados por una radical que generalmente corresponde al nombre de algún animal más ó menos sagrado, al de un río, región, recuerdo histórico ó notable particularidad. Sirvanos de ejemplo en el Zanzíbar la palabra swahili *mríma*, costa marina; juntemos como prefijo á esta radical la primera sílaba de la palabra que significa hombre, persona (*mu-tu* en singular, *wa-tu* en plural), y formaremos *mu-mríma*, un hombre de la costa; *wa-mríma*, hombres de la costa. De igual manera se forman las palabras que significan «hombres-peces», «hombres-leones», etc.

La palabra hombre (varón ó mujer), que en swahili de Zanzíbar es *mu-tu* ó *m-tu*, plural *wa-tu*, es en ganda y en muchas otras lenguas del interior: *mu-tu* y *mu-ntu*, plural *ba-tu* y *ba-ntu*; en zulu *u mu-ntu*, plural *a-ba-ntu*; en nywéma *o-ntu*, plural *a-ntu*; en duala *mo-tu*, plural *ba-tu*; en fang *mut* y *mur*, plural *but* y *bur*, etc.

Aplicando la regla dada tomaremos la radical *-twa*, que es el nombre de un numeroso grupo de negrillos del Este, y formaremos las siguientes palabras: singular *m-twa*, *mu-twa* ó tal vez *o-twa*, plural *wa-twa*, *ba-twa*, quizás *a-twa*, es decir, un *twa*, varios *twas*.

Lo mismo puede decirse de la radical *-kóá* ó *-kó*, nombre del grupo del Oeste: *o-kóá* y *mo-kóá* en singular, *a-kóá* y *ba-kóá* en plural.

Dejemos este estudio, que nos separaría del fin propuesto, que es corregir algunos de los principales errores.

El P. León de Avanchers es quien nombra por vez primera á los «*wa-berikimos*» que habitan en la costa oriental, y cita una tribu de *kimos* en Madagascar. En realidad no es este un nombre propio de los negrillos, sino un apodo irónico con que los swahilis de Zanguebar designan toda esta raza. *Wa-mbili-kimo* significa literalmente «agentes de doble talla». De la misma manera llaman *ki-tumbo*, «estómago pequeño», al europeo cuyo vasto abdomen llame vivamente su atención, y *ki-dyonga*, «el que bebe poco», al hombre que vieron repetidas veces, al acabar la comida, caer ebrio bajo la mesa...

El nombre de *cincallés*, dado por el mismo autor, que significa «¡qué maravilla!» (1), sería verdaderamente maravilloso si fuera cierto. Nunca una exclamación fué nombre de un pueblo. ¿Haría quizás de los *sán-galla*, es decir, de los mestizos de *Sán* y *Galla*? Entonces este nombre es el que encontramos en toda el Africa, y que refiérese precisamente á la raza que nos ocupa: los *sanyé*, del río Tana; los *bé-tsán*, del Shari; los *sán*, del Sud del Africa. Estos mismos pueblos son

llamados *wa-dahalo* por los somalis, *wa-boni* por los habitantes del Pokomo, y por otros *wa-sanyé*.

Inútil creo sería detenernos ahora examinando los nombres de *rouatouas*, *batouas* y *wotwa*, citados por Stanley, Wolff y M. Von Hellmuth Panckow, el cual habla también de los *atschua* y de los *wotschua* (1).

Sabemos también á qué atenernos respecto á los nombres *okoas*, *akoa*, *akkoa*, etc. La ortografía de todos ellos es errónea.

¿Será equivocado el nombre de los «*baponkos*,» descubiertos en el Loango por una Comisión científica alemana presidida por el Dr. Falkenstein (2)? Esta palabra adolece de errores, casi tolerables á los sabios de más allá del Vosges. Distinguen con suma dificultad la *k* de la *g*, y el singular del plural, y ello explica claramente que escribieran *baponkos* en vez de *ba-bongo*, plural del nombre con el cual es llamada una tribu de negrillos del lago Ogowé, nombre que bien puede significar «hombres de gruesa cabeza», pues *bongo* significa *cabeza*, *cráneo*, en muchos idiomas del interior.

Entre los nombres todos que sirven para designar una misma raza hallaremos muchos que son, ó primitivamente fueron, meros apodos. Es este un hecho demostrado hace largo tiempo por Max Müller en pueblos, individuos y cosas. Al tratar de conocer cuál es el nombre verdadero cuando los usados son varios, es conveniente analizar los dos más extendidos, los cuales en el caso presente nos proporcionarán interesantes datos respecto á la unidad de los negrillos africanos.

Los fantásticos resultados á los cuales han conducido repetidas veces la comparación de palabras, señalando analogías fonéticas ó gramaticales, obligannos, y así queremos hacerlo constar, á pisar con extrema desconfianza el peligroso terreno que abordamos. Eso no impide que estas observaciones sean curiosas, y como no son rebuscadas hemos creído un deber publicarlas. El lector puede seguir igual conducta que nosotros: aceptar lo que bien le parezca...

Para designar los negrillos africanos hallamos dos nombres principales: *KOA* y *TWA*, ó si preferimos la radical pura *to* y *ko*.

Observemos desde luego que la *w* de *twa* equivale á una *u* ó á una *o* suavizada ante la vocal final: debe, pues, leerse *toa* ó *tua*. Por una substitución muy frecuente en estas lenguas, la *t* se cambia en *tch*, que es la *k* suave: de esta manera pasamos sin esfuerzo alguno de *toa* á *tchoa*, de *tchoa* á *koa* ó *kóá*. En Francia oímos decir á los niños un *touteau* por un *couteau*: cambian la *c* fuerte en *t*. Los *ba-toa* de la costa oriental serían, pues, fonéticamente los *ba-tchoa* del centro y los *ba-koa* del Oeste.

No es esto todo. La *t* y la *r* son á su vez equivalentes, de manera que entre los fang dícese indistintamente *mur* ó *mut*, hombre. Así, pues, al Sur los *tch-wana* (*béchuana*) llaman *ba-roa*, es decir *ba-toa* ó *batwa*, á los célebres *bushmen* que tantos otros caracteres comunes tienen con los negrillos (3), los cua-

(1) R. P. Van den Ghein, *Les Pygmées*, pág. 18.

(2) Hartmann.

(3) Hartmann.

(1) A. de Quatrefages, *Les Pygmées*, pág. 251.



les son llamados además *a-ga-twa* por los cafres, y *sán* por los hotentotes. Ellos llámanse á sí mismos *khuaï* (1).

Prosigamos. Sabemos que Schweinfurth llama á los pigmeos del Norte con el nombre de *akka*, ó mejor *aka* (*a-ka*, indicando la prefija), pues rarísimas veces duplícase en estas lenguas la misma consonante. Stanley advierte que los enanos *wa-mbuti* llámanse también *ba-kwa*, y añade que Schweinfurth, al designar á los negrillos con el nombre *a-ka*, no se fijaría tal vez en una especie de *vw* intercalada y muy ligeramente pronunciada (2). Esto nos conduce á la forma *ba-kwa* y *ba-koa*, lo mismo como se ha visto que *ba-toa* y *ba-roa*...

Para concluir esta larga disertación filológica, la cual no parecerá forzada al que haya estudiado las lenguas del grupo llamado *bantu*, dejemos sentado que desde las orillas del Nilo á las del Orange, y desde el Océano Indio al Atlántico, el nombre de todos los negrillos africanos es el mismo...

Las otras denominaciones con las cuales aun hoy son conocidos, tales como *wambilikimo*, *a bongo*, *a-kula*, *wambuti*, etc., serán indudablemente apodos inventados por las tribus vecinas, y que no siempre sientan bien á los interesados: *wa-mbili-kimo*, gente de doble talla; *a-bongo*, cabezas grandes; *a-kula*, hombres de la nuez salvaje (de *n kula*, nogal, que es entre ellos el árbol nacional); *wa-mbuti*, los cazadores, etc.

¿Cuál será la significación de las radicales *ko* y *to*, con las cuales son generalmente designados?

Una vez más, y con mayor razón que en el caso precedente, vémonos forzados á fundarnos en meras hipótesis. Hechas todas las necesarias salvedades, empezaré diciendo que sabemos que los hotentotes, mestizos probablemente de los bushmen ó negrillos del Sud, llámanse *khoï* ó *khoï-khoï*, es decir los «hombres» (3). Este nombre «hombres» es común á muchísimos pueblos de todos los países: todos reivindican gustosos esta cualidad, en tanto que imponen otra al vecino. Entre los bushmen la palabra es *khuaï*, y se la aplican á sí mismos.

Observemos, además, teniendo en cuenta la tendencia de los hotentotes y los bushmen de introducir siempre sonidos guturales, que del radical *khoï* sale naturalmente *ko* ó *ku*.

Esta palabra encuéntrase en las inscripciones egipcias, representada jeroglíficamente por un hombre negro sentado y encadenado, significando los *negros*. Preciso es citar que «en todas las palabras que significan vicios, enfermedades ó dolores, dice M. P. Chabas, *hó* es un calificativo de desprecio unido frecuentemente al nombre de los impíos y merodeadores... Varias inscripciones históricas citan los *hó*, los *miserables*, los *des-*

*preciados*, los más *viles* del país de los negros: este es el verdadero significado de *negros* (1),» ó sea los últimos entre los negros.

Una sola observación debemos hacer á esta hipótesis. La palabra *hó*, que aun hoy forma parte de la lengua copta (antiguo egipcio), traduciríase simplemente por *hombre* entre los negros primitivos, pero actualmente habrá tomado de las poblaciones blancas limítrofes la significación de *despreciable*, significación igual á la que los europeos de las colonias dan á la palabra *negro*...

Suponiendo que las palabras *wa-kóá* ó *wa-kua* y *wa-toa* ó *wa-tua*, tuvieran distinto origen del asignado, pueden darse otras curiosas explicaciones.

Antes de tratar esta cuestión, debemos examinar las palabras reduplicativas *Tiki-tiki* y *baka-baka* que para designar á los negrillos usaron respectivamente G. Schweinfurth y Batell, célebre marino del siglo XVI.

Como dejamos dicho, en Africa los nombres de las tribus proceden muchas veces del de un animal: uso que parece originarse de la zoolatría, hallándose pruebas de ello en todos los pueblos antiguos, desde el Egipto hasta la Polinesia. Havilah, por ejemplo, hijo de Kush, tomó su nombre de la ibis (2), en egipcio *hab*, *habu* (3).

Además, este pájaro sagrado era símbolo del dios *thot* ó *tekh*. En Polinesia, tierra cuyas costumbres, manera de ser, religión y lengua tienen grande semejanza con las que del antiguo Egipto conocemos, la palabra *tekh* suavizóse en *tiki*, designado el mismo dios. Y esta forma suavizada y duplicada andando el tiempo, formose *tiki-tiki*, nombre dado por sus vecinos á los pigmeos, «hombres de las grullas», y nombre que posteriormente oyó Schweinfurth en los alrededores de los lagos del alto Nilo...

Item más. La garza real es conocida en Egipto con el nombre de *vaka* ó *baka*, nombre que repetido es el mismo exactamente con el cual Botell, en el siglo XVI, oyó designar á los negrillos de la costa occidental. Es igual también al que aplicado á los pigmeos halló Mariette en los monumentos del antiguo egipcio. Y es, por último, el nombre del cual sus vecinos sirvanse también para designar á los negrillos de Schweinfurth.

Aun no hemos terminado. En Polinesia, colonia camítica como el Egipto, la garza real, el martín-pescador y otras aves acuáticas, rodeábanlas de cierto carácter misterioso y divino; llamábanlos *atua*. «En las Indias, Egipto y Caldea honrábanse los hombres llevando los nombres de estas aves. En 1777 el rey de la isla de Tahiti, muy conocido de Cook, llamábase *tu*, la garza real. Consideraba los pájaros que poseíamos como divinidades, *atua*, y su presencia como buen augurio.

(1) R. P. Torrent, S. J. *A comparative grammar of the south african Bantu languages*. London.

(2) Stanley, *Dans les tenebres...* Trad. franc. II, p. 443.

(3) Hahn, citado por Mr. de Quatrefages, *Les Pygmées*, página 277.

(1) P. Chabas. *Etudes sur l'antiquité historique d'après les sources égyptiennes (IV Nations connues des anciens Egyptiens, p. 263).*

(2) *His religiosa* de los naturalistas.

(3) Wicwa-Mitra (R. P. Esteban Brosse), *Les Chamites*, página 706. Las observaciones siguientes, todas son tomadas de esta obra, interesante por el caudal de noticias que contiene.



La etimología de *tu* era exactamente igual á la de los demás pájaros de parecida especie: de *tutu*, herir, pescar. Tiene gran parecido con la etimología y la naturaleza ibis del dios thot (1).»

*Wa-atua*, «los hombres grullas», y por apócope de la segunda vocal, *wa-tua* será el nombre actual de los negrillos.

Prosigamos.

Otro de los nombres por el cual son conocidos y que aceptan cuantos viven desde el gran bosque ecuatorial hasta los desiertos del Sud es el de *-ku- ó -kó-*: *A hó a* entre los gaboneses, *khu-ai* á orillas del Orange, *be kii* y *be ku-o* entre los fangs, *ba ku-ya* y *ba kw-ey* entre los kombés, etc.

En hotentote bushman *kho* significa *hombre*, y según Bertin *khuai*, *hombre pequeño*... Además al Norte de Gabón *kuya* y *kwéya*, significa *hombre del bosque*, chimpancé. Los *ba-kwéya* serían, pues, literalmente los «hombres chimpancés». Y precisamente afirman los negros vecinos que es el chimpancé la bestia sagrada de este pueblo, y que sólo nombrarla llénale de supersticioso temor.

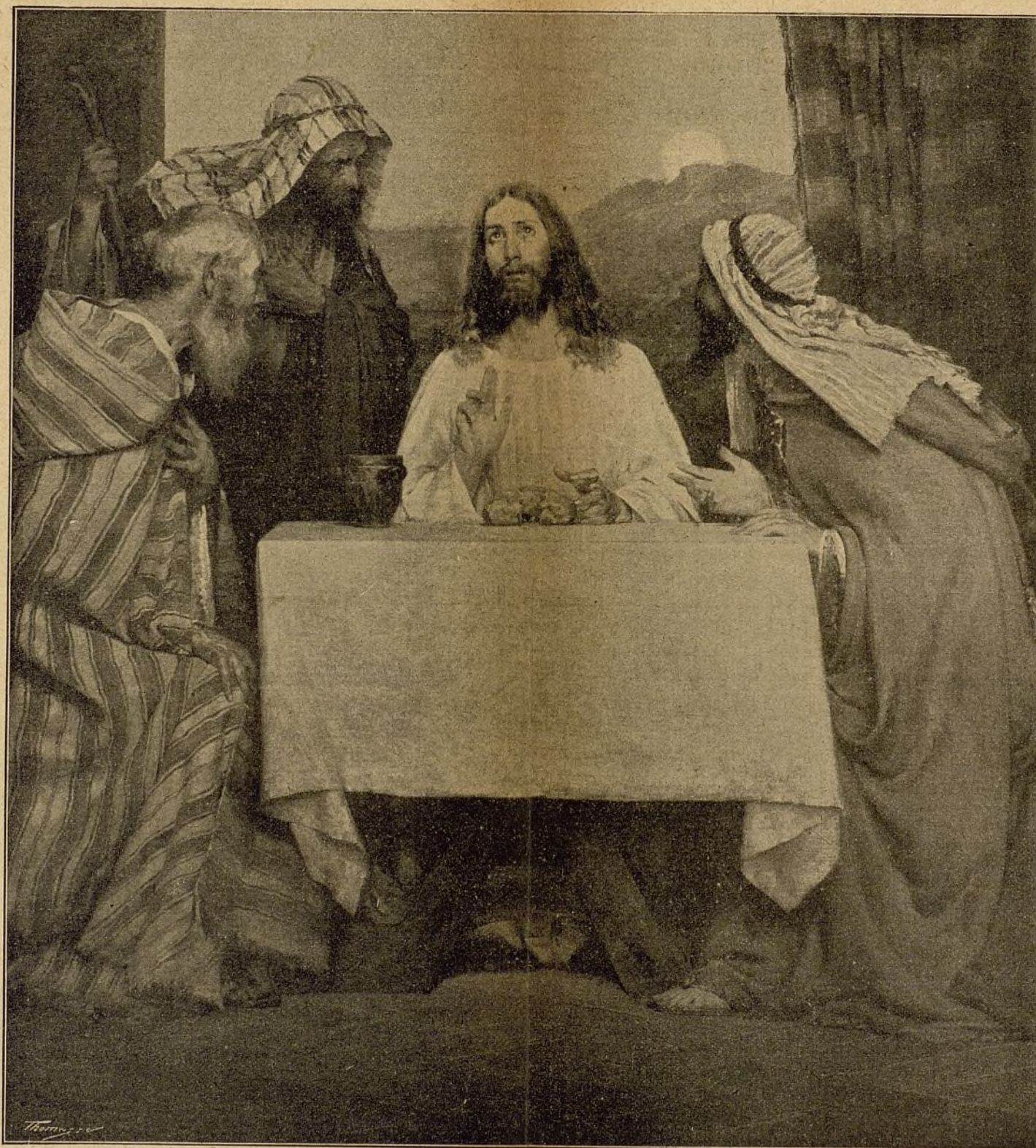
Y henos transportados otra vez al Egipto, donde thot, el dios que conoce lo secreto, era representado indistintamente con cabeza de ibis ó con cabeza de mono, al igual que los misteriosos pigmeos, de quienes afirman los negros haber aprendido cuanto saben, serían llamados indistintamente «hombres grullas» y «hombres monos»: *wa-tua* en todos los países descubiertos, junto á los ríos, donde abunda la caza y se desconoce el chimpancé: *wa-kó-a* en la gran floresta ecuatorial, donde vive el *hombre de los bosques*.

Las precedentes apreciaciones, que pueden ser fortuitas, parecieronme asaz curiosas para dejar de figurar en este estudio.

Pero forzoso es convenir que en la misma lengua que hablan los pueblos *ba-ntu*, entre los cuales viven los hombres pequeños, hallamos una etimología más precisa. En Zanguebar y en Tanganyika, lo propio que en Gabón y en las orillas del Cunéne, el verbo *ta* significa «perseguir animales» y también «punzar, agujerear»: de él proviene la palabra swahili *u-ta*, «flecha», que también significa arma. La pasiva es *twa*, y si prefijamos á esta palabra la partícula personal, tendremos según los dialectos, *m-twa*, *mu-twa*, *oma-twa*, y en plural *wa-twa*, *ba-twa*, *awa-twa*, es decir, «los perseguidos», aquellos que las poblaciones vecinas, más fuertes, las circunstancias ó el destino persiguen, siempre cual la caza en el bosque.

Si alguien observa que estas etimologías se excluyen la una á la otra, también esta observación muy natural puede ser resuelta: ¿no podrían por un juego de palabras, de los que suelen usar los negros, haber pasado de la una á la otra? Y así tendríamos que los que se llamaron «hombres», andando el tiempo fueron llamados «hombres-grullas», y finalmente «hombres chimpancés» ó también «vagabundos».

(1) Wiçwa-Mitra, *Les Chamites*, pág. 704.



EMAUS

(Reproducción directa del cuadro al óleo del distinguido pintor español Sr. Estruch)

## Un celoso misionero

un sabio eminente y un gran patriota

Biografía del P. Agustín María de Castro, agustino

(Continuación)

SIN recursos, sin soldados, sin voluntarios decididos, frente á un país apático hasta la exageración para todo, y máxime para guerrear; sin armas; combatido por el que hasta el momento mismo en que alzara el grito de resistencia á los invasores, era el gobernador de las islas, y seguía firmándose con este título en sus manifestos al pueblo, y tanto más digno de crédito para con los indios, cuanto que á dicho particular unía el para ellos sagrado de Príncipe de la Iglesia y su Pastor espiritual; teniendo que luchar contra la rebelión de los falaces chinos, que desde la toma de Manila se pusieron unánimes de parte del vencedor, y contra los alzamientos de varias provincias importantes de Luzón, que necesariamente tuvieron que distraer sus fuerzas y sus cuidados; Anda halló alientos en su esforzado ánimo, recursos en su ingenio peregrino, estímulos en su amor patrio, aciertos en su privilegiada inteligencia, esperanzas en su espíritu levantado, medios en su actividad incansable y sus poderosas iniciativas, confianza en la bondad y nobleza de su causa, y seguridad del triunfo en su invencible perseverancia.

«Levantó con su palabra elocuente y con el ejemplo de su valor, el espíritu de los leales habitantes de Bulacán y la Pampanga; asoció á su obra redentora la cooperación decisiva de la mayoría de los Religiosos, muchos de los que sin esperar ni sujetarse al mandato de sus superiores (1), le ayudaron con plausible entusiasmo; supo organizar fuerzas con que hacerse respetable, y mantener por España á Filipinas, convirtiendo á los vencedores en vencidos, á los sitiadores en sitiados, y hubiera conquistado á Manila, de retrasarse algunos meses en llegar la paz y con ella la evacuación de la plaza y entrega de ésta por los ingleses al invicto caudillo que supo tenerlos en jaque más de dos años, sin que humillasen su arrogancia sus proclamas y manifestos, secundados en esta guerra de pluma por el Arzobispo, ni decayera su varonil entereza un solo instante, ni lograsen someter su poderío al imperio de sus numerosas y aguerridas tropas.»

Sin embargo; todo el patriotismo, talento, energía y constancia de Anda hubieran sido estériles de no haberle ayudado eficazmente en su noble empresa un elemento de influencia decisiva, como dice el Sr. Vidal. Este elemento fueron los Religiosos, y muy principalmente los Agustinos. Los Religiosos fueron los que, salvada del saqueo la cantidad de ciento y once mil pesos, pertenecientes al Tesoro, impidieron el cumpli-

(1) No necesitaron los Religiosos traspasar mandato ninguno de sus superiores para ayudar al Sr. Anda; antes por el contrario,



miento de una orden del señor Arzobispo, que disponía fuese llevada dicha suma á Manila para completar con ella los dos millones que exigían los ingleses, y habiéndola tenido oculta en los montes de la Pampanga alta, la entregaron luego al Sr. Anda, para que con ella arbitrarse medios para resistir al enemigo, y acudiese á los gastos de la guerra. Los Religiosos (jesuitas) fueron los que salvaron también la plata del *Filipino*. Los Religiosos (agustinos) los que levantaron en muchos pueblos tropas de indios, que pelearon contra los ingleses, yendo algunos de aquellos incomparables patriotas al frente de las partidas por ellos levantadas. Los agustinos fueron los que dirigieron la fabricación de cañones, cediendo para este objeto hasta las campanas de sus iglesias. Ellos los que confeccionaron la pólvora, viviendo para esto durante muchos meses con indecibles privaciones en los montes de San Miguel de Mayumo, en donde abundaba el salitre. Ellos los que descubrieron el proyecto de alzamiento de los chinos, y por este medio libraron al Sr. Anda y á todos los españoles de una muerte segura. Ellos los que en los alzamientos de Ilocos contribuyeron con más eficacia á que muchos pueblos se opusiesen á los rebeldes, y lograsen por fin dominarlos, habiéndose visto por ese motivo los Religiosos en grave peligro y padecido grandes trabajos. Ellos los que con decidido patriotismo y valor incomparable impidieron que se declarasen por el rey de Inglaterra algunas provincias Bisayas, como con debilidad inconcebible estaban dispuestos á hacerlo ineptos gobernadores. Ellos los que no temieron derramar su sangre y dar su vida por la defensa de la patria, cuyos dominios quería arrebatarnos el inglés con su poderosa escuadra y sus aguerridas tropas. Ellos, en fin, los que labraron la corona de gloria que ciñe las sienes del inmortal Anda, sin que sus trabajos y sacrificios mereciesen recompensa alguna acá en la tierra, antes bien quedando sepultados en el olvido sus preclaros nombres, y habiendo sido después objeto sus personas de no pocos atropellos y persecuciones, aún de parte del mismo que les debía sus triunfos y su renombre (1).

«No omitiré aquí, dice un docto escritor moderno (2),

los Superiores fueron los primeros en ponerse de su parte, y animar con el ejemplo á sus súbditos á que hiciesen lo mismo, como lo veremos más adelante.

(1) Copiamos del manuscrito antes citado: «El Sr. Anda murió después el año de 76, cansado del penoso gobierno de estas islas, pero con la nota y borron que nunca lavará, de haber premiado muy mal á los Padres Agustinos que fueron su baluarte, enseñándole, aconsejándole, dirigiéndole y prestándose ellos mismos con sus intereses, con su influjo, y basta decir personalmente ayudándole, y mandando derretir hasta las campanas de sus iglesias para hacer cañones, y prestando sus conventos para fortificaciones. Después de tantos sacrificios los expulsó ignominiosamente y con escándalo de la provincia de la Pampanga, que ellos habían fundado, conquistado y hecho cristiana desde el tiempo de la conquista por Legazpi.»

(2) Notas al *Sermón predicado en la iglesia de Santo Domingo de Manila, con motivo de las fiestas celebradas por los Padres Paúles en la solemne beatificación del venerable siervo de Dios Juan G. Perboyre, sacerdote de la Misión*, por el reverendo P. Fr. Miguel Coco, predicador general de Padres Agustinos. Tambobong, 1891, pág. 32 y siguientes.

El P. Martínez de Zúñiga dice también:

por ser cosa que tanto cede en honor y gloria de esta Provincia de Padres Agustinos, lo mucho que trabajaron estos Religiosos por mantener la bandera española en este Archipiélago en la guerra con los ingleses, el año de 1762 y 63. No contaba Manila con los elementos necesarios para su defensa, parte por la ineptitud del Gobernador, y parte también por el desaliento que infundió en los ánimos el entonces Arzobispo, que era criollo americano, inclinándose desde un principio á la rendición y entrega de la plaza. Los Padres Agustinos fueron los primeros que más ruda oposición hicieron á tal proyecto, prefiriendo morir con honra en las murallas antes que entregarse con ignominia. Levantáronse, pues, los rastrillos de los fosos, y los frailes de todas las Ordenes, animando á todo el que podía manejar el fusil, acudieron los primeros á las murallas. Después de tres días de incesante cañoneo, en que arrojaron los ingleses sobre la plaza más de cinco mil bombas y veinte mil balas, abrieron brecha por la parte de la muralla llamada de la Fundición, y se posesionaron de Manila, entregándola al saqueo y pillaje; calculándose en un millón de pesos lo que tomaron los ingleses en las horas que duró el saqueo. El arzobispo Rojo, que estaba en la fortaleza de Santiago, sin consultar con los oficiales y oidores que allí se defendían, se presentó espontáneamente al comandante inglés Guillermo Draper y le entregó las llaves de la fortaleza, quedando desde entonces prisioneros de guerra cuantos estaban dentro de la ciudad murada. Admirado el inglés de la facilidad con que se le había entregado la susodicha fortaleza, leo en el manuscrito del Archivo de este convento que tengo á la vista, dijo, en son de escarnio, al Arzobispo: *Señor Patriarque, viste estar muy sencillo.*

«Mucho cooperaron á la fortuna del Sr. Anda las sagradas Religiones; ya en mantener á los indios de sus respectivas administraciones fieles á sus órdenes, ya inspirándoles horror á los ingleses como á enemigos del Rey y de la Religión, para ejercitarlos á morir peleando con gusto contra ellos, ya ofreciendo sus haciendas y caudales, y ya, finalmente, exponiendo á los mayores riesgos sus personas. Todas se esmeraron uniformemente, por lo que su Magestad dió á todas y á cada una en particular las gracias, haciéndolas el favor de reconocer su lealtad fina. Pero la que padeció sobre todas fué la de San Agustín. Como el Sr. Anda se retiró á las provincias de Bulacán y Pampanga, que administraban estos Religiosos, le surtían de gente y víveres, exhortando á los indios, y obligándolos á servir contra los ingleses y estar prontos á cuanto se les mandase. Conoció el enemigo que sin estos recursos, el Sr. Anda no hubiera podido elevarse al poder de hacerles resistencia, y sentido de que le protegiesen y ayudasen los Padres Agustinos, les declaró traidores, arrestó once Religiosos que se llevó para Londres y la India, puso presos á cuántos hubo á las manos, los tuvo en los calabozos de la fuerza, y los hubiera llevado mar á fuera á no haber llegado los preliminares de la paz. Les saqueó segunda vez el convento, les vendió las campanas y la librería, y no faltó quien comprase la misma fábrica, pues todo se les confiscó. Cuando se entregó Manila, para recibir el convento fué preciso que el Provincial hiciese la contrata de pagar diez mil pesos, caso que en las Cortes de Madrid y Londres se diesen por bienes. La Corte británica aprobó lo operado por el Consejo inglés, y en virtud de su sentencia, fué un inglés á Madrid á cobrar los diez mil pesos, y no pagándolos, por haberlo tenido nuestra Corte por un atentado, publicaron los ingleses que en otra ocasión los cobrarían; pero esta disputa, como también la de los cuatro millones que prometió pagar el Arzobispo, se zanjó ya, y se cubrió con los millones que se les dieron en los tratados que se hicieron sobre Nuca y la pesca de la ballena, en el Norte de la América.»



«Hecho ya dueño de la plaza el inglés, mandó circulares á todas las islas del Archipiélago, para que reconociesen la soberanía británica, las cuales circulares iban apoyadas por otras del Arzobispo; y por ellas declararon *traidores* al Sr. Anda y al Padre provincial de Agustinos, Fr. Pedro Espineira. Mas á pesar de estos requerimientos de que la política inglesa, apoyada por la debilidad de muchos españoles y por la doblez y falsía de muchos mestizos de Manila, echaba mano para no encontrar obstáculos para toda la conquista del Archipiélago; tanto el Sr. Anda, como los Padres Agustinos, reunidos en nuestro convento de Bulacán, determinaron hacer la guerra al extranjero, aunque contaban con muy escasos medios para ello. Pero la santa causa que defendían y un corazón noble y leal por la patria, les dieron alientos para reclutar gente y recursos.

«Circulóse por todas las provincias el nombramiento de Gobernador General del Archipiélago, expedido por la Audiencia de Manila á favor del citado Sr. Anda, y comenizóse en el pueblo de Bacolor á fundir cañones y fusiles con el metal de las campanas de las iglesias, cuyas operaciones las dirigía con mucho acierto y felicidad el P. Fr. Facundo de Acosta, y los PP. Fr. Eugenio Garrido, párroco de San Miguel de Magumo, y Agustín María Castro, predicador de San Agustín, hacían pólvora con el salitre que abundaba en los montes de dicho pueblo.

«Viendo el general inglés que el Sr. Anda, auxiliado muy poderosamente por los Religiosos, no se daba á partido, publicó un bando, por el cual hacía saber que daba 9,000 pesos á quien presentase la cabeza del gobernador general español Sr. Anda, y otros tantos por la del Provincial de Padres Agustinos. Este hecho prueba bien á las claras, que el inglés conocía perfectamente quién era el alma de la guerra. Y así sin género de adulación se puede decir, copio del citado manuscrito que al Sr. Anda y á los Religiosos Agustinos se debe (después de Dios) la conservación de estas Islas; y los mismos ingleses así lo publicaron en Cantón (1). Porque aunque es verdad que las demás Religiones también se esmeraron y trabajaron con ardor y celo, mas la de mi Padre San Agustín fué sobre todas la primera, y por tanto toda la furia y enojo del inglés vimos que cayó sobre los Religiosos Agustinos, desterrando á muchos, matando á otros, y hasta destruirnos las haciendas y vendernos el convento (San Agustín de Manila), después de no habernos dejado clavo en la pared, como dicen; porque muy principalmente los Agustinos, como hijos de tal padre, fueron los que á cara descubierta tomaron con tanto empeño el defender y ayudar al señor Anda, posponiendo su vida é interés propios á los de la Religión y de la fidelidad á un tan glorioso mo-

(1) «Si creyéramos alguna facilidad en poseer lo mismo que podíamos... enderezaríamos las violencias contra los señores Padres de las Religiones, á cuya persuasión y fidelidad se debe la manutención de estos Estados.» «Es cierto que el Dr. Salazar ha obrado como caballero; alabaremos su magnanimidad y amor á su Rey, pues sólo con la protección de los señores Padres venció las dificultades mayores para sostener el edificio de la fidelidad de los indios.» Documento publicado por los generales ingleses, á que alude el texto. P. Coco. Notas al «Sermón» anteriormente citado.

marca, á quien tanto debemos las Religiones, como es el Rey nuestro señor D. Carlos III.

«No surtiendo al inglés el efecto que apetecía el bando mencionado, determinó conquistar con las armas las provincias de Bulacán y Pampanga; en diez embarcaciones transportó al pueblo de Malolos cuatrocientos ingleses, trescientos negros malabares, y dos mil chinos rebeldes con armas y municiones. Se posesionaron del convento é iglesia de los Padres Agustinos, y allí estuvieron tres días tomando datos acerca de nuestras fuerzas; datos que les proporcionaban con manifiesta traición y villanía los chinos y mestizos, con cuya industria conocieron cuán escasos eran los nuestros, que no ascendían sino á diecinueve españoles, trescientos indios armados, seis falconetes y un cañón de regular calibre, que se colocó en la torre de la iglesia de Bulacán, y tres arrobas y media de pólvora.»

## Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES  
EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

### BAHÍA DE LOS VOLCANES

4 de Junio

Los aparejos y las cuerdas del vapor gemían tristemente heridos por el viento. Negro nublado cubría parcialmente el cielo, proyectando sobre las montañas del interior largas sombras fantásticas. En el fortín han colocado, en la extremidad de un poste, la *bola del viento*, indicando la proximidad del temporal.

Seguimos, sin embargo, adelante. La multitud de juncos, vapores, *sealers* y naves de todas clases que pueblan el puerto quedan ya muy lejos, á nuestra espalda. Hakodaté, sus innumerables edificios, de color blanco grisáceo, la pequeña torre pagoda de doble techumbre, arqueada en forma de luna creciente, el *hotsudo* (horno de quemación) y su alta chimenea desaparecen sucesivamente...

Avanzamos con lentitud por el estrecho de Tsugaru, luchando contra las peligrosas corrientes que lo pueblan. A la derecha dejamos el faro de Shickubi, esbelta aguja blanca sobre fondo verde; á la izquierda el pueblo llamado Toi y la punta de Esan-zaki. Aderezamos la proa á Monran.

El cielo, cubierto ya por la negra nube, acaba de abrirse en larga franja azul que llena de luz un ángulo inmenso del Pacífico. Un *sehooner*, navegando á toda vela, inclinado por la fuerza del viento aparece á lo lejos como orgulloso milano cernido en las altas regiones del aire. A la izquierda, en la costa, dos ó tres líneas



negruzcas sobre un fondo verde claro: es un pueblo de pescadores, Tokohoke. Visto de lejos embellecido por los cambiantes de la luz y por la diáfana atmósfera de la mañana, parece una marina de escuela holandesa, de Ruysdaël por ejemplo.

Nos hallamos en la Bahía de los Volcanes, atrevida intrusión del Pacífico en la tierra: impidiéndonos verla por completo la densa niebla, que crecía cubriendo con su monótono gris el ardiente azul de las olas coronadas de movibles penachos de plata. Soplaban el viento con creciente fuerza, y las oscilaciones de la arboladura del buque eran cada vez mayores.

La nube nos rodeaba completamente, nube compacta que impedía distinguir nada á corta distancia. El estridente silbido del vapor oíase lúgubre, sin eco, perdido en la densidad de la atmósfera, indicando nuestra presencia á cualquier buque que se hallara á corta distancia.

La niebla es muy frecuente durante el verano en la costa Este. Es un peligro constante para los buques que surcan estas aguas.

La marcha, bien podemos decir á oscuras, duró una hora aproximadamente: después el cielo serenóse repentinamente, y la vasta bahía preséntase ante nosotros cual efecto de mágico cambio de decoración.

Prolóngase la bahía en largo semicírculo rodeado de elevadas colinas irregulares. A la izquierda, dominando las montañas, yérguese soberbio el Komagatake, célebre volcán que veíamos desde Hakodaté, coronado por doble cima, cubierto de lava y cenizas.

Algo más lejos, al fondo de pequeña ensenada, escóndese un villorrio llamado Mori.

Llega el mediodía, y la cubierta, hasta entonces solitaria, llénase de gente y animación. Varios pasajeros prefieren comer en ella, por antojárseles que al aire libre son más apetitosos los manjares... Platos llenos de arroz y de variadas viandas sucédense con rapidez... al breve rato vuelve todo á quedar sumido en el anterior reposo, pues las olas rujen encrespadas, y sopla el viento con fuerza cada vez mayor. Los balanceos y cabezadas del buque apagan todas las conversaciones. Entre los pasajeros que permanecen en el puente, unos cómodamente sentados intentan dormir la siesta. Otros apoyados en los *empalmetados* contemplan el mar y el paisaje: entretienen sus ojos mirando la marcha de algunas ballenas, que al acercarse el buque huyen presurosas lanzando al aire altas columnas de agua, ó las rápidas marchas de juguetones delfines que corren delante del vapor danzando á flor de agua. Algunos marineros despliegan una vela, poco antes doblada por inútil, pues sopla otra vez favorable viento; otro extiende las que protegen al viajero contra los rayos ardientes del sol.

Preséntase el capitán: hombre de costumbres europeas; viste americana negra, chaleco blanco, cuello postizo y gorra con galones de oro. Sube al puente, dirige breves palabras al oficial de guardia, y contempla indiferente el mar. Admirame ver este hombre en el desempeño de su cargo. Su fisonomía refleja enérgico carácter é imperturbable serenidad. La marina japonesa ha llegado á un grado tal de desarrollo que las na-

ciones europeas deben acostumbrarse á contar con ese importante factor. La situación física del Japón, que corresponde en Oriente á la de Inglaterra en Europa, ¿habrá dotado á los japoneses de las cualidades que necesita un verdadero marino? serenidad imperturbable, energía, agilidad y fuerza, todas las cuales el japonés posee en eminente grado. ¿Le está reservado el imperio de los mares de Oriente? para lograrlo necesita estar dotado de genio colonizador: ¿tiene este genio? ¿Abandonará Tokkaído y las llanuras del Suruga con tanta facilidad como el inglés abandona las nieblas eternas que cubren las tierras de la Gran Bretaña? Encerrados hasta hace pocos años dentro su estrecha crisálida, sin relaciones de ninguna especie con el Occidente, bastándose á sí mismos, imposible les era mostrar sus aptitudes. Pero llega el 1868, y con él empieza una nueva era para el Japón: sale de su aislamiento, abre sus plazas al universal comercio y hace su primer ensayo colonizador, ensayo magistral, prueba evidente del amor que siente á la tierra que le vió nacer, á la tierra de sus padres. Amor grande, profundo, pero que es fácilmente dominado por el deseo de extender los límites de la patria... lejos... muy lejos.

Nos hallamos al centro de la curva que forma la bahía. La costa, quebrada en extremo, presenta horribles despeñaderos desprovistos de toda vegetación; detrás de éstos élévanse soberbios picachos coronados de eterno verdor, sobre el cual juguetea las sombras solares. Vemos á corta distancia una excavación caprichosa en extremo sembrada de arrecifes, contra los cuales rompen las olas, coronadas de blancos penachos de rizada espuma. A la izquierda la larga cordillera de montañas que rodea el golfo, parécenos disminuye en hermosa gradación sus variados colores á medida que el círculo se ensancha: el azul apizarrado cámbiase en un verde pálido, parduzco, grisáceo, vago, como los últimos términos del cuadro de un gran maestro.

Acercámonos al fin del viaje. Muchos pasajeros han invadido la cubierta. Unos contemplan la costa con la natural satisfacción que causa la vista del puerto. Otros miran las maniobras de los marineros. La mayor parte de los pasajeros son colonos ó emigrantes. Los primeros fueron á Hakodaté por exigirle sus negocios, y regresan para continuar sus empresas. Son generalmente de elevada estatura, agradable presencia y rudo ademán. Conócese que ellos mismos han empezado á labrarse la fortuna. Diez, doce, quince años de constante trabajo les ha proporcionado el bienestar que disfrutaban... Grande es el contraste que á primera vista obsérvase entre el colono y el emigrante. Este es generalmente pequeño, de aspecto ruín, pero enérgico: parece al contemplarlo que aquel hombre debería vivir siempre en las diminutas casas de papel, entre el delicado ajuar que adorna el interior de las mismas. El colono, al contrario, ha luchado por la existencia en las sábanas y florestas de un país nuevo, inmenso. Uno refleja en sus ademanes apocamiento y cortedad, el otro cierto desdénoso desembarazo. Es libre, sabe prescindir de los demás, parece yankee. Uno y otro experimentan la influencia del medio ambiente en que viven. Pero dejad al emigrante establecerse en la tierra del Yeso. Trans



curridos diez años habrá sufrido una completa transformación. Enamorado de este país le será poco menos que imposible volver al Nippón. Si regresara creerá que en él la vida es imposible, y suspirará siempre por los campos que labrara con el sudor de su frente, al centro de bosques inmensos de sombra apacible, donde vivía á sus anchas y en completa independencia. Su manera de ser, su vida, sus costumbres, son de otro hombre, de un hombre nuevo.

Todo el pasaje está en el puente y pronto ya á desembarcar; se entretienen charlando y riendo.

Los marineros, que hasta ahora raras veces habíamos visto, empiezan á moverse: unos preparan las cadenas, otros se disponen á echar el áncora. Estos abren las bodegas que guardan el equipaje. Aquéllos prepáranse para bajar las escaleras. Y todos cumplen su obligación con ese aspecto indiferente propio de viejos marinos.

Encantador es el aspecto, variadas y ondulantes las costas de la bahía de Mororan, en la cual acabamos de entrar. Al centro de la misma elébase un islote, y en la más alta colina luce un pequeño faro blanco. A su lado vese una casa de planchas de hierro, vivienda del guarda. Conduce hasta ella estrecho camino en zig-zag. Pasamos por delante de un villorrio formado por pobres chozas construidas de rama y los techos escalonados, lo cual dales un aspecto muy original. Llámase este pueblo Aino de Edomo. Extiéndese al pie de una colina que muere insensiblemente á la orilla del mar.

Seguimos las sinuosidades de la bahía, que la naturaleza se complació en llenar de mil caprichosos cabos, golfos en miniatura y encantadoras costas. Avanzamos entre orillas cubiertas de vegetación exuberante, que refleja en las cristalinas aguas sus sombras verdosas que juegan al fondo de las aguas. Delante de nosotros la bahía está sembrada de rocas, unidas y entrelazadas

formando góticas arcadas ó cuevas de salvaje aspecto. Sobre estas rocas, cuajadas de estalactitas, levántanse entre el musgo arbustos que se unen y entrelazan, inclinándose cual sauces llorones. Más arriba en la colina, encinas, castaños, y unos árboles parecidos al abedul. Y más arriba el inmenso cielo azul...

## RECUERDOS DEL CATOLICISMO

### EN EL TONKÍN

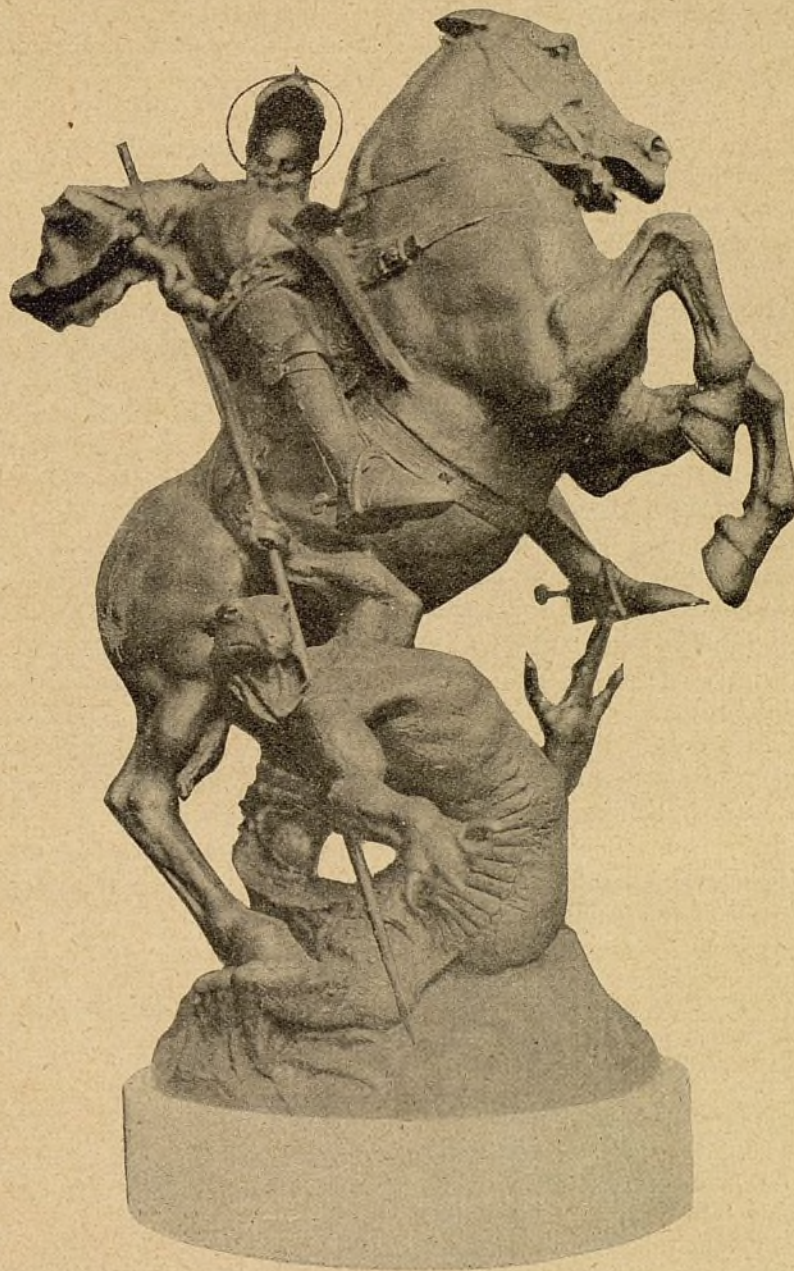
(Continuación)

**H**ABLA á continuación de los catequistas y seminaristas, y termina relatando los hechos de las Religiosas Amantes de la Cruz.

«Otro asunto que no puede dejar de complacer á V. M. es la comunidad de vírgenes Amantes de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Estas humildes mujeres, en número de cuatrocientas aproximadamente, viven dispersas en veinte casas, de sus miserables ganancias y del trabajo de sus manos, sufriendo una penosa existencia muy activa y penitente, comiendo carne sólo tres veces al año, y en lo concerniente á la esencia de la observancia religiosa, es decir á los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, no creo se diferencien un ápice de la mayoría de las Comunidades religiosas europeas. El número de cristianos de mi vicariato suma

aproximadamente ciento veinte mil: por considerable que esta cifra parezca, si se la compara á la de los infieles que falta convertir, puede afirmarse sin exageración que de cien partes aún no hemos convertido una. Grande sería nuestro gozo, señora, si pudiéramos emplear todas nuestras pobres fuerzas sin vernos de nadie molestados en la continuación de las empresas que ligeramente acabo de esbozar á V. M. Pero como toda obra de Dios debe ser marcada con el sello de la persecución, el enemigo acaba de suscitar una de las más violentas.

«De Vuestra Majestad muy humilde servidor y sumiso



SAN JORGE, MÁRTIR, PATRÓN DEL PRINCIPADO DE CATALUÑA

(Estátua en bronce dorado, de Manuel Fremiet)



siervo.—Luis, obispo de Ceomanie, vicariato apostólico de Tonkín Occidental.

En el vicariato de su sucesor el Ilmo. Reydellet los misioneros resolvieron emprender la evangelización de Laos. Induciales á esta empresa su ardoroso anhelo de convertir infieles, y el deseo de ver convertido en bella realidad un proyecto acariciado de antiguo en las cartas y conversaciones de los misioneros.

Desconocían ó poco menos el clima insalubre y los obstáculos materiales que impiden permanecer largo tiempo en las montañas ó en los bosques del Oeste, y esperaban poder edificar en ellos, fuera del alcance del Gobierno anamita, casas que serían su refugio en tiempo de persecución, y un seminario en el cual los alumnos disfrutarían de paz y tranquilidad.

Limitado por el Anam, Cambodge, Siam, la Birmania y la China, Laos tiene una superficie á lo menos de 500,000 kilómetros cuadrados, cubiertos de grandes bosques surcados por caudalosos ríos.

Es el país montañoso en extremo, muy accidentado y expuesto á frecuentes inundaciones. Puebla su mayor parte individuos que al igual que los Siamois pertenecen á la familia Thai, y á quienes los Bermans apellidan Chan. Al estar próximos al Tonkín y á la Cochinchina, poblando las altas planicies viven las tribus salvajes designadas con el calificativo genérico de los Mois, y con los nombres particulares de Phouon ó Phouen, Tho, Samma, Mili, Sa, etc.

Si estudiamos la religión de los Laoanos veremos que profesan el budismo, pero un budismo poco ortodoxo, mezclado y corrompido por un sin fin de prácticas supersticiosas: creen en sortilegios, augurios, espíritus y demonios, ofreciendo á estos últimos numerosos sacrificios: tienen entre ellos brujos, cargo que muchas veces desempeña una mujer que conjura á los espíritus danzando hasta caer sin fuerzas presa de violenta agitación nerviosa. Para alejar los malignos genios colocan á la puerta de sus chozas ó en un madero que se levanta al lado de los caminos, pequeños fetiches hechos de bambú ó caña de Indias. Durante sus viajes colocan al rededor de sus campamentos fetiches, y entre ellos cañas de indios entrelazados en forma de verja.

Los Mois no profesan ninguna religión propiamente dicha, si entendemos por religión un cuerpo de doctrina con sus dogmas y misterios transmitidos por no interrumpida enseñanza. Circunscribense sus creencias á un conjunto de numerosísimas supersticiones que aprisionan los actos todos del hombre del día en que nace al en que deja de existir. Podrían resumirse diciendo que profesan un fetiquismo animista, rinden culto á los espíritus y á los muertos, temen las fuerzas de la naturaleza, creen en otra vida y con mayor ó menor vaguedad en un poder superior.

En el año 1771 el Ilmo. Reydellet comisionó á dos catequistas para que exploraran el país, las disposiciones de sus habitantes, y eligieran una ciudad á propósito para hacer en ella la primera fundación: al propio tiempo pidió á la Santa Sede le otorgara la jurisdicción sobre el Laos.

La contestación de Roma fué favorable, y el ilustrísimo Borgia, secretario de la Propaganda, contestó al Obispo con fecha 17 de Enero de 1773 que el Papa concedíale poderes sobre el Laos, pero sin anexionarlo á la Misión del Tonkín Occidental.

El recibo de esta carta coincidió con el regreso de los catequistas enviados por el Ilmo. Reydellet á explorar el territorio. Saliendo de la provincia de Nghean habían remontado el río Song y su afluente el Songcon, visitaron parte del Trán-ninh, llamado por los misioneros de aquel tiempo Pequeño Laos, en opisición al Gran Laos ó Laos-chau situado mas al Norte. Refirieron haber hallado algunos cristianos del Tonkín refugiados en las montañas para escapar de sus acreedores, que muchas tribus estaban en guerra, y que en el Tran mirh muchos habitantes les prometieron abrazar la Religión verdadera si se establecían entre ellos. El viaje dejoles fatigados en extremo, y suplicaron al ilustrísimo Reydellet les permitiera descansar algunos meses antes de volver á emprenderlo.

No podían esperarse mejores resultados de una primera tentativa confiada á dos catequistas: resolvió enviar un misionero europeo para conocer exactamente el estado del país y saber si era posible fundar en él con firme base un establecimiento. Por desgracia revueltas civiles y religiosas turbaron la paz del Tonkín, privando al Obispo de hombres, tiempo, recursos y libertad, indispensable todo ello para cualquiera nueva fundación. Si al sobrevenir estos desagradables sucesos la Misión hubiera sido fundada, no hay duda que los resistiera victoriosa, pero inaugurarla cuando rugía con furia la tempestad, era empresa de imposible realización.

## VARIEDADES

### Baladas alemanas

I

LA ABUELA (1)

EL silencio reina en la inmensa alquería: todos, el marido, la mujer, los hijos, los criados... todos están en los campos: el sol lanza por todas partes sus rayos de oro. La abuela es la única que ha quedado en casa: allí está sola en la sala; hila sentada junto á su pequeño torno. Un rayo de sol penetra por la ventana; saluda y da calor á la anciana. «Oh ¡sal, sal, cerca de mí! le dice. Ves como mi luz se extiende sobre todas las cosas!» La rama del abedul llama á la ventana, con sus ojuelos castaños, tan dulces y tan vivos. Ella le dice: «Oh ¡sal, ven cerca de mí! Ves, yo me inclino bajo el

(1) Todos los años, con la primavera, llegan las cigüeñas á Alemania; donde su regreso es saludado por todos con alegría. Allí se respeta y se tiene cariño á esas aves tan útiles como extrañas, y más de un alemán cree inocentemente, como la buena anciana de la balada, que las cigüeñas llevan la felicidad á los techos en que se fijan.



peso de mil retoños. ¿No oyes el canto gozoso del pinzón en lo alto de mi cima? ¿Ves como me balancea el aire perfumado? Yo enviaré hasta ti su aliento delicioso: sal de tu alquería; el cielo azul sonríe á todos; todo brota en el bosque y en la pradera. A estas horas en que sopla el dulce hálito de la primavera, la vida corre también á borbotones en el corazón de los hombres.»

La anciana, no obstante, permanece sentada, se diría que sueña; apenas si presta oído á todos estos saludos. ¿No mirará, al menos, á ese rayo dorado de sol, tan caro á los ancianos? «¡No vienen!» dice la abuela y su pálido semblante se vuelve más pálido todavía. «Si hoy, el día transcurre también sin que lleguen, pobre casa, la felicidad se alejará de ti!»...

¡Escuchad!... Se oye como un gran ruido de alas. Algo castañetea sobre el tejado de la alquería. La abuela coge, con una precipitación febril, el bastón nudoso en el cual se apoya, y dice sonriente: «¡Loado sea Dios! Esta vez, estoy segura, la pareja fiel ha vuelto: quiero verla sobre el tejado con mis propios ojos. ¡Ah! ¡ahora ya puedo marchar con un paso ligero!»

La anciana ha salido; sus ojos brillan de contento: á su vista, las dos cigüeñas han ido á posarse en la cima del tejado. Con una voz alegre, la abuela les grita: «¡Ahora he aquí bendecida la casa de mi familia! La felicidad no huirá ya del hogar de mis hijos! las cigüeñas han vuelto! Ellas castañeteán alegremente allá arriba, y la alegría renace al oírlas en mi corazón. ¡Salud, rayos dorados del sol! vosotros me dais la vida. ¡Salud, abedul de blanco follaje! ¡Salud, amable brisa de la primavera! ¡Mi pobre corazón recobra también la vida; él también florecerá como el rosál; los cielos sonríen á nuestra antigua morada; las cigüeñas han vuelto!...»—N. GUNTHER.

## II

JUAN EULER (1)

¡Escucha, Marta!... ¡Llaman á nuestra puerta: abre! Será sin duda algún viajero extraviado... «Dios te bendiga buen soldado; entra, siéntate á nuestra mesa; el pan es blanco y fresco, el vino añejo y transparente.

«—Yo no vengo á buscar aquí ni descanso ni alimento: tú eres Juan Euler, y yo vengo en busca de tu sangre. ¿Te acuerdas?... Hace ya algunos meses que te busco: porque yo tenía un hermano, y ese hermano ¡tú lo has muerto!»

«Cuando yo lo vi tendido en el suelo, juré que vengaría su muerte con la tuya.»—«Sí! yo lo maté, pero fué en combate leal y justo. Mas si tu vienes á vengar su muerte; ¡véngala, estoy dispuesto!

«No será, sin embargo, en mi casa; no será entre la puerta y el muro, donde me batiré contigo: no, yo quiero batirme contemplando el Tirol por el cual he hecho la guerra. ¡Mi sable, Marta!... ¡Ah! ¡lloras?... No temas; dame el sable con que lo maté, y si no vuelvo ¡piensa que muero por la patria!...»

(1) Juan Euler es uno de los héroes legendarios del Tirol. Tomó parte muy principal en el movimiento provocado por la unión del Tirol á la Baviera en 1805, y fué uno de los que más se distinguieron en aquella campaña, combatiendo por la independencia de su patria.

Los dos trepan juntos por las rocas escarpadas: comienza á amanecer.—Juan marcha delante, el extranjero sigue sus pasos de cerca, y sobre sus cabezas brillan los dulces y suaves resplandores del sol que se levanta.

¡Ya llegan á las cimas! He ahí el mundo de los Alpes que se extiende á sus ojos asombrados: ese mundo inmenso, maravilloso, bañado por la luz de la mañana.—La neblina que lo ocultaba se desvanece lentamente, y al desvanecerse aparecen sus valles risueños, encantados, en cuyas vertientes se asientan las aldeas y pacen los rebaños.

Cerca de ellos, torrentes gigantescos; á sus plantas, abismos insondables; á su alrededor, una corona de bosques; sobre sus cabezas, el aire libre. Y lo que no descubre la vista, pero siente el alma; el antiguo espíritu de fidelidad, la paz de Dios en las cabañas y en los corazones!

Este es el espectáculo que los dos tienen delante. La mano tiembla al extranjero. Juan señala á sus piés la patria amada.—«¡La ves? le dice: ¿ves la patria por la cual he tomado las armas? ¡Tu hermano la amenazaba! Por ella es por la que he combatido y por ella lo maté.»

El extranjero contempla un momento el cuadro que se ofrece á su vista, mira luego de frente á Juan; quiere levantar su brazo contra él, y su brazo no se mueve.—«¡Sí, exclama al fin, si tú lo mataste fué en combate leal y justo...! ¿Quieres que seamos hermanos? Ven, Juan, entre nosotros todo queda olvidado para siempre.»

SEIDL.

## III

LA ORACION EN LA BATALLA

¡Oh Padre, yo os invoco! El humo del combate me rodea; relámpagos deslumbradores llevan el espanto á mi alma. ¡Arbitro de las batallas, venid en mi auxilio! ¡Oh Padre celestial, sed mi guía!

¡Oh Padre celestial, sed mi guía! ¡Guiadme á la victoria! ¡guiadme á la muerte! ¡Señor, yo me someto á vuestros decretos! ¡Señor, haced de mí lo que queráis! ¡Señor, yo os pertenezco!

¡Señor, yo os pertenezco! ¡En el tronar espantoso de los cañones, como en las suaves brisas del otoño; en todas partes, Señor, fuente de toda gracia, yo adoro vuestro poder! ¡Vos sois mi Padre, bendecidme!

Vos sois mi Padre, bendecidme. ¡Yo pongo mi vida en vuestras manos. Vos me la disteis, Vos sois su dueño. Bendecidme en vida, bendecidme en la muerte! ¡Gloria á Vos, oh Padre mío!

¡Gloria á Vos, oh Padre mío! No, no es por los intereses de este mundo por los que combato: mi espada está al servicio de la causa más santa; y muerto ó vencedor, repetiré siempre: ¡Gloria á Vos, oh mi Padre, oh mi Dios! ¡En Vos pongo toda mi esperanza!

Sí, en Vos pongo toda mi esperanza. Y en la agonía de la muerte, y en las alegrías del triunfo, en Vos confiaré siempre: ¡oh Dios! ¡oh Padre! ¡já Vos invocaré!...

KERNER.





LA CRUZ DE MAYO, EN CATALUNA. LO DINERET DE SANTA CREU

(Copia de un cuadro de D. José M.<sup>a</sup> Tamburini).

Ayuntamiento de Madrid



# EL CRUZADO

*Leyenda*

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

En el fondo de su conciencia algo le decía al Conde que no hacía bien, pero él mismo se convencía de que tenía razón para acometer á los Beaumont, pregonando que ellos habían roto la tregua. Ni siquiera se le ocurría que Martín le engañara, y que la agresión hubiera partido de su escudero y no del paje del barón de Beaumont.

El Conde, acostumbrado ya de antiguo á obrar á su antojo y á dejarse llevar por sus pasiones, engañábase más fácilmente que nadie cuando este engaño le convenía, ó como en el caso presente respondía tan bien á sus deseos. Por eso estaba alegre y se preparaba á la expedición como quien va á una fiesta.

Amaba el Conde los peligros, como que había pasado su ya larga vida batallando, pero en la ocasión que se le ofrecía ahora no quería exponerse á una lucha en regla, para no alarmar demasiado al país y dar origen á complicaciones. Resolvió herir rápidamente, sobre seguro, y confiar al éxito de una sorpresa el de su expedición. Pues aunque falto de gente de guerra, aún tenía la baronía de Beaumont bastantes ancianos vigorosos, robustos jóvenes y mujeres valerosas que tomarían las armas y defenderían con tenacidad el castillo, si supieran que iba á ser acometido. Para evitarlo, y coger á todos completa-

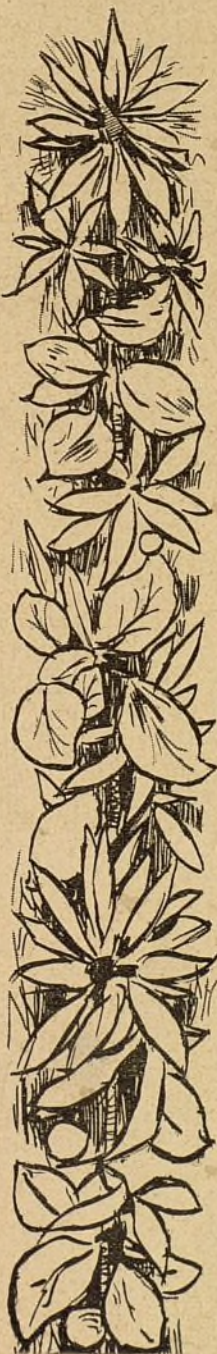
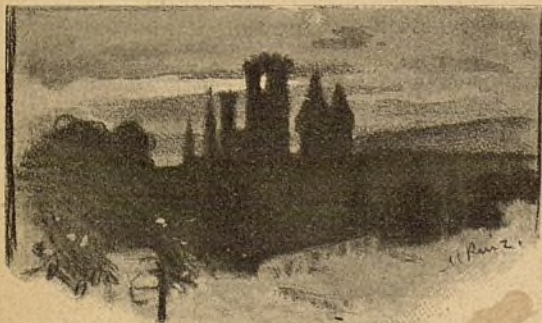
mente desprevenidos, mandó el Conde á su gente que se reuniera á las tres de la tarde á fin de andar de noche parte de las siete horas que le separaban de Beaumont, y caer sobre el castillo cuando nadie lo pensara.

El Conde que, á pesar de sus años, se conservaba ágil y vigoroso, quiso mandar en persona la expedición: montó á caballo, y seguido de sus trescientos ginetes, entre los cuales figuraba Martín, partió á la hora indicada, y pasando por sus tierras durante el día, entró en las de su enemigo, mejor dicho en las de su víctima, al oscurecer, como suelen hacer siempre los salteadores y bandidos que no quieren ser descubiertos de lejos. Dió una hora de descanso á su gente en un bosque del Barón que dividía por aquella parte las tierras, y á las ocho de la noche, sin que nadie lo notara, encaminóse al castillo, no sin haber advertido á los suyos que trataba de tomarlo por sorpresa y que importaba el silencio y la rapidez.

VI

ENFA Luís de Armac en Beaumont una persona á quien amaba como á padre, porque habíalo sido para él desde que perdiera el suyo, y además servíale de maestro en cuanto al arte bélico se refería. Llamábase este maestro Rol-

dán; tenía setenta años bien cumplidos, y hacía cincuenta que había entrado á servir como escudero al abuelo del Barón. Medio siglo cumplido en casa de los Beaumont; el cariño que abuelo, hijo y nieto profesaban á Roldán, y el agra-





decido corazón de éste hiciéronle unirse de tal modo á sus señores que parecía formar parte integrante de la familia. Y de hecho Roldán era la persona más importante de la baronía, porque conocía á ésta y á toda su gente mejor que los señores; sabía de cuántas familias se componía, estaba enterado de todas las cualidades de cada individuo, recordaba con prodigiosa exactitud los menores incidentes de la vida de cada uno, y era gran apreciador de las virtudes y méritos de todos. Servía á los Barones de archivo, de gúfa, de consejero, de policía; pero sobre todo servíales en la guerra, porque las pasiones dominantes de Roldán eran la caza y los combates. Había asistido á todos los que en tres generaciones de aquella época tan belicosa se habían librado, hasta que unos fuertes dolores que se le asentaron en la perna derecha le dejaron medio baldado, y le imposibilitaron de montar á caballo, y mucho más de andar largo trecho. Dedicóse entonces á formar guerreros, y todos los pajes y escuderos jóvenes acudían á oír las interminables relaciones que el abuelo Roldán les hacía de las batallas en que había estado y de otras muchas que había leído, porque sabía leer, gracias á un tío suyo, monje benedictino, que le hizo ir á la escuela del convento en sus mocedades.

Entre sus numerosos oyentes, no hay que decir que el preferido de Roldán era Luisillo, en quien veía reverdecir su brío y retoñar sus bélicas aficiones. «Tú, le decía con frecuencia, serás un héroe, si es que no te parten de una buena cuchillada antes de tener veinte años, que mucho me lo temo al paso que vas.» Y Luis se reía; pero preguntaba sin cesar al abuelo sobre cosas de guerra, con tal insistencia que le hubiera cansado y aburrido si Roldán fuera capaz de cansarse de hablar de semejantes cosas.

Al marchar el Barón á la Cruzada dejó á Roldán el cargo del castillo, como mayordomo, gobernador, caballero mayor ó lo que quisiera, porque Roldán éralo todo, y se metía en todo lo que pudiera interesar á sus señores.

Los tres años de ausencia del Barón constituyóse en guardador y defensor de su mujer é hijos, no menos que de sus intereses, porque ajustaba las cuentas á todo el mundo, y hacía que anduviesen derechos todos los servidores. Cuando estaba desocupado, que era cuando había acabado su diaria tarea de regañar á los perezosos, dedicábase á referir sus combates. Entonces acudían Luis y otros jóvenes á oírle, y era de notar la transformación que en aquel momento se operaba en el anciano, porque así como por la mañana ponía cara de vinagre á todos, refunfuñaba y gruñía por la más pequeña cosa, se quejaba mucho y llegaba con frecuencia hasta reñir á la Baronesa por su demasiada caridad, ó como decía él, por la blandura de su corazón, así por la tarde era amable, cariñoso y servi-



cial con todos, y especialmente con sus jóvenes oyentes.

No era extraño que éstos le quisieran como un padre, ni tampoco que Luis, al acabar de referir á la Baronesa su reyerta con Martín, fuera corriendo á contarle el suceso y á decirle que se marchaba á la guerra. Quedóse el buen viejo suspenso al escuchar el relato del paje, comprendió en seguida la gravedad del suceso, y como antiguo militar quiso enterarse minuciosamente de las circunstancias del combate. «¿Le has herido con alguna arma? preguntó á Luis.—No, señor, le contestó el paje.—¿Le has apretado la garganta?—No recuerdo, pero me parece que no, porque le tenía agarrado por el cuerpo.—Entonces, dijo el viejo, me parece que el señor Martín, lejos de haber muerto como creías, está á estas horas tan bueno y sano como nosotros.» Y precisamente estas palabras que quitaban á Luis un gran peso de su alma, hicieron al viejo Roldán cavilar no poco. Ni siquiera se fijó en que se marchaba Luis, quizás para siempre, porque al cabo de un rato de silencio le dijo: Preciso será vigilar mucho desde esta noche.

—¿Qué, teméis algo, abuelo? contestó Luis.

—¿Yo temer? contestó el viejo, no temo más que á Dios; pero conozco mucho á los Thiercy para fiarme de ellos, y no quisiera que diesen un susto á la señora.

—Siento, dijo el joven, tener que dejaros; pero me voy á una casa muy próxima al castillo para ocultarme allí y salir á media noche sin que nadie me vea. A las once me ha dicho Juana que me llegue bajo su ventana, por la que me echará una carta de la señora para el señor, y en seguida volveré á la casa, donde tendré preparado mi caballo y echaré á andar.

—Pues que Dios te acompañe, dijo el viejo escudero, y que no olvides mis lecciones; y volviéndole la espalda, se marchó, dejando á Luisito confuso de aquella inesperada despedida, que casi se echó á llorar. «¡Bah! estará de mal humor, exclamó, porque no he matado á Martín; y Luis, procurando que nadie le viera, salióse del castillo por una poterna, y fuese á casa de unos labradores allí cercana, donde vivía su nodriza, para esperar que llegase la noche y hacer entre tanto los preparativos de su viaje.

Roldán al marcharse iba murmurando entre dientes: «A las ocho fué el lance, á las diez lo supo el Conde, y á las dos pudo reunir gente, y á las nueve pudo estar aquí; son las ocho de la noche, de modo que no hay que perder tiempo. Y el buen viejo fuese inmediatamente á la sala de armas, cogió varias hachas que llevó á su cuarto, y dejándolas allí fué hablando uno por uno á cuantos hombres había en el castillo, los cuales entre viejos y jóvenes llegaban á veinte. Mandó á los pajes, que eran seis, tuviesen listas las ballestas y arcos; encargó á tres escuderos viejos que vigilasen armados, y á los palafreneros y criados los puso de centinela y les distribuyó las hachas y otras armas, recomendando á todos el mayor silencio para no alarmar á las mujeres, y sobre todo para que la Baronesa no notase ninguno de los aprestos guerreros. En



seguida se fué á cenar con excelente apetito, y después, como hacía todas las noches, á tomar las órdenes de su señora.

Estaba la Baronesa aquella noche mucho más grave y pensativa que de costumbre; mas aunque se esforzaba en desechar la idea de la destrucción del ejército de los cruzados, á cada paso volvía á su mente y la atormentaba. Todos los demás incidentes de aquel día habíanse medio borrado de su imaginación, cuando la presencia de Roldán vinieron á recordárselas. «¿Has visto á Luis? le preguntó.—Sí, señora, contestó el viejo, todo me lo ha contado.—Y ¿qué te parece?—Que ha hecho bien, y que habéis hecho bien en mandarle que se marche.—¿De modo que temes que vengan á reclamarlo los de Thiery?—Nada temo, señora; pero bueno es quitar la causa; y así se quitan pretextos.»

No quiso añadir más, para no alarmar á la Baronesa, y deseándole felices noches, se fué como acostumbra, aunque al salir de la cámara, en vez de tomar hacia su cuarto se entretuvo en recorrer todas las puertas, ver si estaban bien cerradas, é inspeccionar si se hallaban en sus puestos los hombres á quienes antes había encargado la vigilancia.

Asentado sobre un cerro, dominaba el castillo de Beaumont buena extensión de terreno, comunicábase con el pueblo del mismo nombre por un ancho camino, y defendíanle unas murallas almenadas, bastante fuertes, pero no muy altas, que formaban su primer recinto. Frente á la fachada principal que miraba al pueblo estaba el gran patio ó plaza de armas, y en la parte contraria no había muralla ni foso, porque la subida en roca viva era escarpada y difícil, y presentaba gran defensa natural. Sólo conociendo el terreno podía llegarse á ella por un áspero sendero, terminado el cual había una pequeña puerta que daba paso al castillo; pero ni ésta ni ninguno de los accidentes del terreno eran desconocidos del conde de Thiery, que se entretuvo en estudiarlos el tiempo que en Beaumont estuvo prisionero.

A las once de la noche subía por el sendero en cuestión Luis de Armac con objeto de recoger la carta que la Baronesa debía darle por medio de Juana, cuando al llegar á la altura del castillo oyó un ¡Quién va! vigoroso que le hizo conocer vigilaba Roldán. «Soy yo, abuelo,» contestó Luis, y el viejo, que tenía excelente oído, conociendo á su vez al paje dejóle acercarse. En aquel momento llegaba Juana donde estaba Roldán, encuentro que le asustó no poco, pues no pensaba hallar á nadie, pero en cuanto se repuso preguntó si había oído á Luis. «Abajo espera, contestóla el anciano.—Pues decidle que suba, que la señora quiere hablarle.» Refunfuñó un poco el buen Roldán, pero como todo lo que mandaba la Baronesa era para él indiscutible, bajó á la poterna, quitó la barra que de uno á otro lado encruzaba la puerta, descorrió el cerrojo, abrió la puerta, y volviéndola á cerrar con llave solamente, preguntó á Luis: «¿Has oído algo?» El paje le contestó que nada había oído, y Roldán, mientras éste iba á ver á la Barone-

sa, se volvió á colocarse en su puesto de observación.

Aún no hacía diez minutos que estaba allí cuando oyó repentino estrépito, gritos, voces, ruido de armas y silbido de flechas por la puerta principal, como si considerable número de enemigos la atacara. «No pensaba que fuera tan torpe el señor Conde, murmuró el viejo escudero, porque lo que es aquella puerta no cede en tres días, y desde arriba matarán á cuantos se acerquen. Pero al terminar de hacer esta reflexión acordóse que había dejado sin refuerzo la de la poterna, y bajo corriendo á echar el cerrojo. Ya era tarde, porque mientras él bajaba atacábanla con gruesas barras de hierro, otros soldados del Conde hacían saltar la cerradura, y precipitábanse por la escalera espada en mano. Roldán los oyó subir, comprendió que estaba perdido, pero como no era hombre de acobardarse, hizo la señal de la cruz, desenvainó su espada y esperó á los que subían, resuelto á disputarles el paso. En aquel momento llegaba Luis; Roldán al verle mandó que fuera á avisar á la Baronesa y á traer refuerzo hacia aquella parte, mientras él la defendía con su vida. Corrió Luis, en efecto, y antes de alejarse pudo oír á Roldán que gritaba: «¡Atrás, canallas!» y empezaba á repartir mandobles.

La escalera no permitía subir á los asaltantes más que uno á uno, y como en lo alto de ella estaba colocado Roldán, con la espalda cubierta, fácilmente podía detenerlos largo tiempo. Así fué que el primero que llegó pagó su atrevimiento con la vida, lo que detuvo á los demás un poco. «¡Adelante, adelante!» gritó desde abajo el Conde, y haciendo un supremo esfuerzo intentó pasar otro. Roldán le envió con su compañero, pero en el mismo momento sintióse herido, y cayó al suelo; era que el tercero que venía, aprovechando un momento favorable, le había clavado su espada. Pasaron sobre Roldán más de veinte hombres: encendieron al verse en lo alto de la escalera grandes hachones que traían preparados de antemano, y se dirigieron á las habitaciones de la Baronesa, guiados por Martín. En el mismo momento apareció Luis con cuatro hombres, que traía en socorro de Roldán, y se trabó otra lucha, sólo que ya los combatientes estaban en una espaciosa sala, y cada uno de los de Beaumont tuvo que combatir con cuatro de los de Thiery. La luz de las antorchas que éstos llevaban iluminó el combate. Luis conoció á Martín, y acometiéndole en seguida exclamó: «Esta mañana te has escapado, pero ahora no te irás,» y de una estocada le dejó seco. Por desgracia el paje no pudo librarse de una cuchillada que le dió el Conde, y cayó herido. A los demás les pasó lo mismo, y en cinco minutos cesó la resistencia con la muerte de los servidores de Beaumont.

(Se continuará).





## SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

P. G. . . . . 250 ptas.

Para la Obra de la Propagación de la Fe

P. y C.—J. M., Pbro. . . . . 3 »

## SALIDA DE MISIONEROS

Durante el año 1898 partieron para las Misiones los Padres Lazaristas, cuyos nombres á continuación publicamos:

Para la provincia de Constantinopla, los PP. Simón Lumesi, Juan M.<sup>a</sup> Bouchet y Carlos Muller; para la China, los PP. Jaime Chiapetto, Eloy Domergue, Federico Sageder, José Wilfenger, Antonio Cottin, Francisco J. Denumeaux, Tomás Ceska, Juan B. Corset, Arnoldo Theunissen, Gustavo Thierry, Enrique Lacaille; para Siria, los PP. Exupero Corvée, Arotino Trac, José Khoury, Augusto Arnaud, Bernardo Formtsman y Carlos Chavalier; para Madagascar, los PP. Antonio Cotta, Fernando Bertrand y Félix Busseran; para la América Central, los PP. Carlos Hetuin y Augusto Parrot; para el Brasil, el P. Guillermo Vaersen.

# ANUNCIOS

## BIBLIOTECA LIGERA

para uso de todo el mundo, por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Se han reimpresso los opúsculos agotados, y pueden pedirse los números que se deseen, ó colecciones completas, que constan de 100 libritos distintos.—PRECIOS: Un ejemplar 6 cénts.; docena. 50 cénts.; centenar, 4 ptas.; 500, 8'75 ptas.; mil, 35 ptas. Hallanse en venta en la *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona



## FÁBRICA DE PIANOS DE COROMINAS Y RIERA

PIANOS de todas clases reconocidos como superiores.

Cambios y reparaciones de toda clase de pianos y armoniums.—Catálogo gratis.

PRINCESA, 45, BARCELONA



CASA FUNDADA EN 1850



ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS  
Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA  
HIJOS DE MIGUEL GUSI

DESPACHO: CALL, N.º 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases — Casullas bordadas en oro y sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cingulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talaes, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades, Imágenes de talla en todas clases.

## INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN  
PARA LA IGLESIA,

DEL

DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso  
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de ½ y 1 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

Vino de ostras del DR. SASTRE y MARQUÉS. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Pastillas del DR. MARQUÉS contra la tos. Probadlas y os convenceréis.

Dr. Sastre y Marqués  
Hospital, 109. — Barcelona.

## HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

## SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona